

M. DEL QUIJANO HERNANDEZ

ejados de la  
lano de Dios

ranía Audaz y Un Pueblo Inerte)



934501

BIBLIOTECA  
RE

SAN SALVADOR,

MARZO DE 1931

TALLERES GRÁFICOS CIS



102169

863.4

Q6d

1931

SLV

NO 68730

## Dejados de la Mano de Dios

### A Manera de Prólogo

Dentro de un armario viejo, muy viejo, que arrinconado yacía en un cuarto de la casona, también de respetable antigüedad, de la finca de café que poseo desde hace cinco lustros y un piquito, encontré un día, que en búsqueda andaba de otras cosas, un pergamino amarillento y un tanto maltratado, aunque no parecía que se hubiera fijado alguien en él o, por lo menos, no le había dado importancia ninguno de los diferentes dueños que tuvo la finca, antes de llegar a mi poder. Yo he sido siempre curioso para todos los papeles viejos, que la casualidad ha puesto en mis manos, por aquello de que nuestra Historia tiene muchas lagunas y no pocas obscuridades en sus primeras páginas. Ya se figurará el amable lector con qué avidez recorrería las polvorientas fojas del dichoso pergamino, que era un libro voluminoso, escrito con caracteres antiguos, con tinta muy negra y con la ortografía de aquellos tiempos. Empecé a leer y a medida que me internaba, pergamino adentro, crecía mi ansiedad por llegar al final, tan importante me pareció el relato que en él dejó un anónimo escritor, con la intención, quizás, de que alguien, al co-

rrer de los tiempos, lo sacara de aquel telarañoso rincón, que era casi una sepultura, para darlo a la luz pública. Supongo que su autor tuvo la intención de publicarlo, pero que hubo un obstáculo que no pudo vencer, o tal vez le acometió la muerte al solo terminarlo y su proyecto quedó sin realización, quién sabe por cuantos años, pues no tiene fecha alguna el manuscrito en referencia. Con todo y esa lamentable omisión y además la de no determinar claramente el lugar donde se verificaron los hechos allí referidos, la importancia del asunto es grandísima, máxime cuando el autor asegura que es una historia verdadera y no una simple novela.

El hallazgo cayó en buenas manos, pues siempre he sido picado de la manía de escritor y, donde quiera que he posado mis plantas pecadoras, he buscado, con empeño, algún tema sobre qué poder escribir cosas útiles para mis semejantes, ya que no puedo ofrecerles una obra bella. No soy artista, ni jamás he pretendido serlo y esto me abona o me escuda contra la maledicencia de los criticastros del terruño. Confieso, desde luego, que mi obra es imperfecta, sobre todo en la forma y, por consiguiente, sólo me preocupo de los juicios que hagan de ella los que tengan la paciencia de leer, sin apasionamiento alguno, las páginas que hoy les ofrezco; tanto más que, como lo tengo declarado, no es mía, sino de un autor desconocido y ya juzgado por Dios y por los hombres. No he hecho más que poner en lenguaje corriente lo que estaba escrito en un cuasi romance castellano. Con esta advertencia y con la venia del lector, que ya supongo indulgente, daré principio a la verídica historia del vetusto pergamino.



## Dejados de la Mano de Dios

### I

En un lugar de Centro América, que no puedo nombrar, existió una ciudad muy hermosa, capital de un pequeño Estado, y digo que existió porque cuando esto lean quizá ya no existirá más que este triste recuerdo. Estaba recostada muellemente en la falda de un majestuoso volcán, en plena actividad; bañaba sus sandalias, vamos al decir, un bullicioso riachuelo y ostentaba palacios y paseos, que admiraban los viajeros y envidiaban los vecinos. Tenía teatros y hospitales, Universidad, escuelas y asilos de indigentes. En ella vivían muchos sabios y comerciantes, banqueros y hacendados, millonarios, extranjeros y del país. Los jóvenes de ambos sexos, de la primera sociedad, educados en Europa o en los Estados Unidos, sabían hablar inglés y francés y *bailaban divinamente*, vestían siempre a la moda y eran, en fin, las flores vivientes que engalanaban aquel

jardín paradisíaco. La ciudad poseía una extensa jurisdicción rural, poblada de innumerables caseríos y campos cultivados de caña de azúcar y cereales, en las partes bajas, y de café en las alturas de las montañas. También había en sus dominios grandes haciendas de ganado vacuno y caballar. Las industrias estaban muy desarrolladas y había muchas fábricas. Todo esto producía una gran riqueza anualmente que, bien manejada, pudo convertir aquella ciudad en uno de los grandes centros de la civilización, semejándose algún día a las opulentas capitales europeas. ¿Qué le faltaba, pues, para realizar los anhelos de sus buenos hijos que, de paso sea dicho, eran en su mayoría muy laboriosos y honrados? La contestación se verá en los capítulos siguientes, puesto que no es otro el objeto de esta obra, sino poner de manifiesto, y para ejemplo de las edades futuras, los motivos por los cuales una ciudad tan rica y con tan buenas prendas para ir derecho a la conquista de su felicidad y engrandecimiento, fué cayendo, cayendo en la inercia y en el desprestigio, que a no ser por un milagro de Dios ha de llegar, indudablemente, a su ruina total.

## II

No he de empezar esta historia dolorosa desde épocas muy lejanas, pues el tiempo que pasó y está muy remoto no influye en nada sobre los acontecimientos que me propongo referir con todo el alma y el corazón, que han de destilar por mi pluma, gota a gota, todos los elixires más amargos de la vida humana. Dos lustros me bastan, que más no podría, pues en ellos se conden-

saron todas las amarguras, las ambiciones, las rebeldías y las impotencias de ese pueblo amado, a cuya sombra crecieron mis hijos y brotaron en mi cabeza las primeras canas.

¡Cómo se estremece mi alma, amedrentada al conjuro de mi voluntad, que le exige dictar a mi mano temblorosa de emoción, las páginas plenas de verdad y buena fe, que ha tiempo quería escribir! ¡Qué dolor más intenso siento en el corazón, oprimido por el infortunio de mi pueblo, cuando intento dar principio a esta narración!

Pero ya que más tarde, tal vez no pueda hacerlo, por cualquier motivo, me resuelvo a hacerlo ahora mismo, entrando de lleno y sin reparos en mi laudable propósito, de la manera que se verá en los siguientes renglones.

La ciudad de X, pues no quiero nombrarla, estaba regida por un Gobernador, un Comandante de Armas y un Municipio, de los cuales dependían trece alcaldes pueblerinos, con sus correspondientes comandantes locales y su pertrecho de guerra. Durante mucho tiempo estuvo regida por gobernadores militares, casi inconscientes de sus deberes, pero hasta cierto punto respetuosos de las libertades públicas y algo emprendedores. Manejaban el Tesoro Nacional con manos, eso sí, no muy limpias. Este ha sido un mal inveterado en mi pobre pueblo y la causa principal de su decadencia. Pero hay que confesarlo, en honor a la verdad, obedecían todavía al freno de la opinión pública y, aunque militarones, se recataban un tanto en sus *mangoneos*

con lo que no era suyo. Así las cosas, quiso Dios que un día, el más glorioso en los fastos de la historia patria, llegara al poder un hombre civil, probo, inteligente y poseído de una ardiente sed de gloria, pero fundamentada en el bien común. En menos de tres meses puso en orden todo el desbarajuste que encontró en la Hacienda Pública, moralizó, con voluntad de acero, todos los ramos de la Administración y promovió el progreso en todos los ámbitos de sus dominios. Parecía que al fin empezaba una nueva era de Paz, Progreso y Libertad; tal fué su lema, y así hubiera sido, si los intereses creados, al sentirse lesionados profundamente, por aquel hombre extraordinario, no hubieran tramado una conjuración que terminó en el sacrificio cruento y salvaje de aquella preciosa vida, dos años antes de que terminara su período legal.

El crimen más grande que registra nuestra historia es ese monstruoso asesinato cometido en la persona del primer Magistrado de la Nación y cuando ésta empezaba a recibir los frutos de una honrada administración. Empero, los verdaderos criminales, los que pagaron la mano del asesino, quizá no hayan purgado la pena que merecían, y el pueblo entero, que amaba a aquel hombre porque era bueno y patriota, es el que ahora sufre los tormentos del infierno, que no otra cosa es el despotismo y la corrupción imperantes. No hay duda, estamos dejados de la mano de Dios.

### III

Existía en la desgraciada ciudad de X..... una familia que había llegado a ser pudiente, según el decir de todos, por el esfuerzo propio y la buena administración de sus intereses. Lograron hacerse de una gran fama de honorabilidad, que llegó a ser proverbial. Cuando se hablaba de la Familia Méndez, que tal era su apellido, como un auto de fe se creía en el sùmmum de la honradez y del patriotismo; pues en verdad no existían hechos que comprobaran tal aserto. En parte contribuyó a formar esa atmósfera de respeto y admiración la religiosidad suma que siempre supieron evidenciar, las dádivas a la Iglesia y el influjo del clero sobre un pueblo casi fanático. El poder del catolicismo es aún entre nosotros de una fuerza incontrastable, o más bien era, porque en la mejor ocasión falló, como tendremos oportunidad de demostrarlo más adelante. La familia mencionada supo atraerse ese poderío y servirse de esa palanca para remover los obstáculos que pudieran oponerse a sus ambiciosos designios. Muy hábiles fueron en sus trabajos y no omitieron medio alguno que les fuera de gran utilidad.

El mayor de la familia se hizo nombrar Gobernador suplente y diz que contribuyó de alguna manera a la muerte del insigne personaje que entonces ejercía la Gobernación de aquella desventurada ciudad, llegando de esta manera al anhelado Poder; pues con una simple treta eliminaron al vice-Gobernador, que era el lla-

mado por la ley. Interinamente ejerció el cargo durante los dos años que faltaban para terminar el período legal de su antecesor, y ya cuando se aproximaba el tiempo de las elecciones depositó el mando, aparentemente, en un familiar suyo, porque no le era permitido por la Constitución del Estado, presentarse como candidato y recibir votos en su favor, estando él visiblemente con el mando supremo de la Nación. Esta nueva treta dió origen a un compromiso contraído con el familiar que se había prestado a cuidarle el puesto, y por de pronto se le nombró Vice-Gobernador. Y aquí empiezan nuestras desgracias.

El Gobierno de Méndez I fué un verdadero desastre. Pagó a los que le habían ayudado en su empresa concediéndoles licencias para explotar los juegos de azar prohibidos por la ley, que tan sabiamente había dado y hecho efectiva su antecesor, y tarjetas autorizando la fabricación clandestina del aguardiente. Es un hecho cierto que hasta el Director de la Seguridad tenía *sacadera*, como se llama vulgarmente a estas fábricas, fuera del control de las autoridades respectivas. Esta fué la primera millonada de semillas malditas que se arrojó en nuestros fecundos campos y la cosecha de corrupción fué enorme.

La concupiscencia del Magnate, pues al llegar al poder se quitó la máscara de santidad, dió como resultado la ruina total de muchos hogares hasta entonces felices.

Así de esta manera, y con apariencias de bondad pasó aquel largo período de seis años. Pero antes de

dejar el poder, que no pudo legalmente atrapar para otro período más, que humanamente no hubiera podido desempeñar, porque ya estaba decretado su fin, realizó la obra más inicua que darse pueda: sembró la división y el odio entre los ciudadanos que estaban regidos por él. Ya veremos cómo.

Ha de recordarse que había un compromiso con su familiar para legarle el Mando Supremo de aquel pueblo; pero él había contraído ante éste el de dejarlo en completa libertad para elegir su sucesor y ya veremos cómo solucionó el problema sin aparente desdoro a su reputación de hombre honrado.

En el campo eleccionario aparecieron dos candidatos, el familiar y otro muy honorable, que era a la sazón Secretario de Estado. Dió la protección de una parte del elemento militar al Secretario de Estado y la otra parte al familiar, el Correo al uno y el Telégrafo al otro, todo, por supuesto, bajo la farsa de una ilimitada libertad eleccionaria. Más parecía inclinarse de parte del Secretario que del familiar y cuando algún logrero desorientado llegaba a recabar su opinión aseguraba su completa neutralidad y hasta dejaba entrever, cuando no lo decía francamente, que de ninguna manera favorecería la candidatura de su pariente, y a algunos les dijo que no lo consentiría por ningún concepto. Con esta política ambigua logró hacer adeptos al pariente, pues en ese pueblo los candidatos oficiales eran muy desprestigiados; de ahí, que algunos hombres honrados amigos del pariente, aun no conocido en el campo de la política, se afiliaran a su candidatura. Pero cuando empezaron las

vejeciones del Militarismo sin escuela y sin conciencia, recaídas en los adeptos del pariente, hubo que recurrir a la sabiduría y pericia de un nuevo y poderoso elemento recientemente llegado al país, el jesuita, para quien no hay obstáculos invencibles, y de una entente misteriosa realizada en una hora negra, resultó la obra más ignominiosa que esa secta dominante ha producido. Su obra maestra, que envidiaría Lucifer, fue la Liga Roja, famosa ya en los anales del crimen y de la corrupción. De cómo fue formada y como está constituida nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

En ningún otro cerebro humano, que no fuera el de un jesuita, hubiera brotado una idea semejante a la que dió origen a esa nefanda institución, llamada por un célebre abogado camandulero, de quien me ocuparé en capítulo aparte: *La salvaguardia del derecho*.

La Liga Roja fué formada con el fin único de elevar al Poder al candidato pariente. Para tal fin se buscó en todo el país, con verdadera sutileza y perspicacia, elemento por elemento, corrompido o corruptible, toda esa masa informe, pero temible que en la actualidad lleva insignia color de sangre. Se tropezó al principio con bastantes dificultades, pero siguiendo los consejos del jesuita, que ya había creado otra institución igual en el país de donde vino, con éxito admirable, se fundó en cada centro militar una oficina de inscripción y expedición de tarjetas credenciales, y a cada soldado que pedía su baja se le obligaba, como condición indispensable, a irse a inscribir en aquellos registros de que tomará nota

más tarde la Historia, y la presentación de la consabida tarjeta. Aún con ésto el número no crecía en la proporción deseada, y entonces se recurrió al supremo recurso vencedor de imposibles: la corrupción de las masas, porque los hombres dignos se negaban a engrosar esas filas siniestras y con el dinero de la Nación se estableció un estanco en cada pueblo para que todo aquel que presentara su tarjeta de *Liga Roja* pudiera beber el licor embrutecedor hasta saciarse. Esto dió, si no el resultado pleno que se esperaba porque la mayoría de ese pueblo abandonado de la justicia divina es honrada y trabajadora, al menos se logró elevar la cifra de malhechores hasta donde podría halagar la vanidad de los autores de esa infame creación. La tarjeta daba al individuo la inmunidad de los delitos y ese fué un aliciente más para los criminales, que dieron rienda suelta a sus instintos sanguinarios. La criminalidad aumentó considerablemente: los asesinatos y los robos estaban a la orden del día, infundiendo el pánico en los pacíficos y trabajadores habitantes de aquel infeliz y diminuto Estado. Aquello era la *debacle* del sentido moral.

Se dió a la Monstruosa institución una organización militar. El comandante local de cada pueblo era el comandante de su respectiva sección de *Liga Roja* y el Jefe Supremo de ella era el candidato pariente y vice-Gobernador Crónico; el cual pidió al exterior como cien mil navajas de cruz, de grandes dimensiones, para dar una a cada uno de sus adeptos rojos. Esta arma como se vé no es una arma defensiva, es exclusivamente hecha para matar. No se defienden los derechos y libertades de una nación con armas semejantes. De ahí que todos aquellos *chichipates*, antes inofensivos, se tornaran

en sanguinarios y crueles asesinos, como la mayoría de sus conmlitones. Los jueces venales y serviles se hacían de orejas cuando los criminales presentaban su tarjeta de *Liga Roja*. Con decir que hasta un Presidente de la Suprema Corte de Justicia era *Liga Roja* y portaba su respectiva navaja, ya podrá imaginarse el amable lector, dónde andarían las garantías individuales y la tranquilidad pública. En el centro de la ciudad se asaltaban las casas y se cometían robos todas las noches, y parte sin novedad. Se daban puñaladas por cualquier simpleza o por puro sport y los criminales iban a la prisión unos pocos días por salvar apariencias y después se les proporcionaba la fuga y se echaba el expediente en el olvido o se destruía para borrar completamente las huellas del crimen. Por supuesto que estos hombres inmunes estaban siempre listos a la menor señal o llamamiento que se les hacía para realizar alguna noche de San Bartolomé, premeditada en la sombra y al amparo de las Altas Autoridades.

## V

Así las cosas, llegaron las elecciones de autoridades locales, en las que se pone aquí mucho interés porque las campañas electorales entre nosotros son pura farsa, y cuando los Municipios son de un partido, allanan los obstáculos a los suyos y oponen mil dificultades a los contrarios; de donde se deduce que ganadas estas elecciones, el triunfo de las otras está asegurado; pues bien, la protección del Gobernador y por consiguiente del Ejército estuvo de parte del candidato Ministro has-

ta las ocho de la mañana de un célebre ocho de diciembre. Corrió la sangre y al fin, los ministeriales perdieron la partida, por haberles faltado a última hora el favor oficial. Sin embargo nuestro abogado camandulero aseguró que esas fueron las primeras y únicas verdaderas elecciones habidas en el país. Con esta felonía del señor Gobernador, el candidato Ministro, que en honor a la verdad sea dicho, era un hombre muy digno, se retiró de la arena del combate dejando el campo libre a su adversario. Desde ese momento ya no había con quien luchar. El triunfo del candidato pariente era un hecho. El sería indudablemente futuro Gobernador del Estado; pero sucedió que el Gobernador Méndez I, enfermó gravemente antes de que llegara el periodo de elecciones de Altos Poderes y tuvo que depositar forzosamente el mando en el candidato pariente, que era el llamado por la ley en virtud de su carácter de Vice-Gobernador. Este acontecimiento vino a trastornar la marcha triunfal del partido, que incluyendo la Liga Roja, se llamaba *Nacional Democrático* y hubo que pensarse en la resolución de ese problema de vida o muerte para las aspiraciones del candidato pariente. Se buscó una persona que aceptara ciertas condiciones no muy honrosas y aunque de mala gana lo aceptó el referido partido; pero por sí o por no, el sustituto quedó descartado a los tres días. Vuelta a buscarle otra solución al problema, y cuando menos se esperaba, y como quien no quiere la cosa, se le propuso y aceptó la candidatura el hermano del Gobernador enfermo.

Todo esto hecho de precisión pues los días de elecciones estaban ya a las puertas, como quien dice. Al fin llegaron para gloria de la familia Méndez, y como no hubo oposición alguna, porque el otro partido se abstuvo de concurrir a hacer uso del sufragio, la elección fue unánime y el 1°. de Marzo de ese año memorable en los fastos de nuestra Historia, subió al Poder Supremo de la Nación Méndez II, a quien le dió posesión, dicen que condicionalmente, el Vice y candidato pariente, que ejercía por ministerio de ley el Mando Supremo, en su segundo interinato. La Paz reinó por unos días y se concedieron por el mismo espacio de tiempo las libertades públicas, más que por hacer buen gobierno, por conocer el número y calidad de sus principales enemigos. La prensa independiente empezó su campaña contra todos los abusos del Gobierno y al poco tiempo murió sin que se sepa de qué; el elemento oficial aseguró que se había suicidado, apurando el veneno que vertía con el propósito de envenenar a los Hombres de Arriba.

Desde que Méndez II subió al Poder, hubo en el país dos Gobernadores, pues el Vice tenía también su despacho, quizá más solicitado que el otro, por ser más efectivo. Los secretarios del Vice y demás empleados, incluso el chauffer con todo y automóvil eran pagados por el Erario Público. La expedición de tarjetas era un trabajo impropio. Cada tarjeta, que parecía una súplica plena de cortesías, era sin embargo una orden que acataban los altos empleados, incluso los Ministros, pues todos debían su elevado cargo a la benevolencia del

Vice, pues Méndez II se conformaba con el honor de ser ante el mundo el Gobernador de X...

En el nombramiento de los empleados públicos, se puso especial cuidado en que recayeran en los hombres del partido, fueran o no idóneos y honrados. Las destituciones se pusieron a la orden del día, pues no hubo misericordia ni con los infimes empleados de los ramos de Beneficencia e Instrucción Pública. El empleado de ayer se convertía de la noche a la mañana en aviador (por lo de volar) según una gráfica expresión que entonces se puso de moda.

A los más ardientes partidarios, aquellos que habían insultado y calumniado al candidato contrario, se les dió los principales puestos, aunque no fueran aptos para desempeñarlos. Los puestos más ambicionados fueron las Aduanas, Tesorería y Administraciones de Rentas, ya se comprende el motivo. Y en efecto los que los obtuvieron lograron hacer, gracias a su actividad asombrosa, un capitalito desde cien hasta quinientos mil colones o un poco más. Los cálculos se han hecho por lo visible.

Para los partidarios de menor empuje hubo tarjetas para sacaderas *ad livitum* y casas de juego clandestinas y otras canongías que después referiremos.

Para los partidarios honrados y retraídos, el olvido completo y la indiferencia. En fin, cada cual recibió el premio que merecía según sus obras, a juicio del Jefe Supremo.



## VI

Entre los negocitos que dieron lugar al fin y a la postre a un *zafarrancho* memorable en las páginas de esa negra historia que vengo refiriendo, está la Ley Monetaria, con la cual se llenaron los bolsillos los hombres del Gobierno y algunos parientes y llenaron sus insaciables arcas los Bancos. La implantación del talón de oro, trajo como consecuencia la exportación de la plata y con ella una gran ganancia, que se repartieron en paz y concordia los elementos más poderosos del país.

Antes de dictar esa ley se solicitó la opinión de los peritos en achaques financieros, y resultó que el país contaba con miles de hombres de finanzas, que hasta entonces habían permanecido ignorados por una mal entendida modestia. Igual cosa ha pasado después de cada terremoto, pues se me olvidaba decir que la ciudad de X... está ubicada en un terreno esencialmente sísmico, y ruego no olvidarlo pues tiene mucha importancia al final de esta historia; después de cada terremoto, digo, brotaban los geólogos y vulcanólogos, por millares. Pero a pesar de las opiniones contrarias de la mayoría de los financistas, la ley se votó y el negocio se hizo, y después nadie dijo nada; todo quedó como que si tal cosa no hubiera tenido efecto.

Se fué la mayor parte de nuestra plata acuñada para los Estados Unidos donde tenía en ese entonces una alta cotización y vino el oro a sustituirla, quién sabe si en la misma proporción. Pero algunos avaros

retuvieron su plata creyendo que el precio subiría más y sucedió lo contrario, pues al poco tiempo bajó considerablemente, y los que tenían plata no hallaban qué hacer con ella; pues en el país estaba, como dicen los financistas, desmonetizada, y como a pesar de no tener ningún valor legal, le empezaron a dar circulación, el señor Ministro de Hacienda, que ya había caído en desgracia con los dos Gobernadores, intentó dar una explicación al público, a fin de que no fueran a sufrir menoscabo sus intereses; pero la malicia de ciertos hombres, verdaderos instrumentos del mal, se prestó para dar una mala interpretación a las explicaciones del Ministro, y logró hacerle un ambiente de odiosidad entre las clases bajas del mercado, al grado de exaltarlas, y lanzárselas como jaurías hambrientas, que llegaron a romperle los vidrios de las puertas de su casa de habitación. El Ministro tuvo que huir del país; pero antes se dió un decreto dando valor por tiempo limitado a las piezas de plata del país de denominación superior; aclarando el punto sobre las monedas de otros países, que debieran excluirse de la concesión, que fue lo que se propuso desde su malhadada explicación. Pero el pueblo, exaltado como estaba, sobre todo las mujeres del mercado, ignorando este último decreto o explicación del Ministro caído, se congregó en las calles de la ciudad para hacer una petición al Gobernador *legal*, y, en efecto, en número bastante respetable fueron a hablarle al Mandatario, y esta inofensiva manifestación de las mujeres, dió origen a la tragedia del 28 de febrero, cuyo solo

recuerdo horroriza. Fué la primera vez que en las calles de la hermosa ciudad de X...corrió la sangre femenina, derramada por los agujeros que en sus cuerpos indefensos abrieran los rifles de la Policía y las ametralladoras del Ejército, dos elementos encargados de velar por las garantías y libertades de los ciudadanos. Pero ya se ve, el contagio cunde.

El mal venía de arriba. La tiranía empezaba a sacar las uñas de felino.

Con este motivo, los jóvenes de alma honrada y fogosa, protestaron enérgicamente. La imprenta donde se imprimió esa protesta fué desbaratada por la soldadesca y los defensores de los derechos ciudadanos apaleados, encarcelados y después expatriados.

Así terminó aquello, que era un gesto de dignidad y de entereza. Muchas mujeres muertas, gran número de intelectuales expulsados de su patria y un Ministro caído y también expatriado.

El Subsecretario también cayó por haber descubierto varios robos de cuantía verificados por un *Disputado* y un empleado de confianza del Gobierno.

¿Ya le vas tomando el pulso, caro lector, a la Administración dual, como la llamaron entonces a la que vengo historiando?

Pero hay algo más que agregar a este capítulo de los desastres financieros y es la onerosa contratación de un empréstito de muchos millones de dólares; para

cubrir el cual, los acreedores jamás han desembolsado un centavo; pues ellos empezaron a pagárselo antes de erogar la primera suma. De este habilísimo modo, estamos pagando intereses crecidos por nuestro propio dinero recaudado por interventores extranjeros. ¡No hay duda que este es el país de los bienaventurados!

## VII

Después se inició por la centésima vez un movimiento unionista, con el objeto de formar una federación compuesta de nuestro diminuto estado y los vecinos, que en otro tiempo habían tremolado una sola bandera. Este es un ideal acariciado con entusiasmo inusitado por la mayoría de nuestro pueblo.

El Gobierno aparentó ser el iniciador de unas conferencias preliminares que se verificaron en uno de los Estados hermanos del nuestro; pero al mismo tiempo hacía un trabajo de zapa para impedir la realización del gran ideal. Los más fervientes unionistas fueron acusados de subversivos y facciosos y, en consecuencia, fueron apresados y algunos expulsados del país.

En esta campaña de felonías prestó importantes servicios al Gobierno la célebre Liga Roja.

A pesar de todo, y venciendo mil obstáculos se llegó o pactar la Unión de tres Estados, se eligieron diputados a la Asamblea Federal, que dictó una Constitución muy avanzada, en la cual se concedía a la mujer el derecho del sufragio. Se nombraron también

los miembros del Gobierno Federal y ya parecía un hecho la deseada Unión de los pequeños Estados, cuando una revolución de uno de ellos dió el pretexto al Gobierno del nuestro para destruir en un momento el edificio tan costosamente construido.

La obra disociadora tan hábilmente realizada por nuestros caciques, mató una vez más las risueñas esperanzas de engrandecimiento que con la fe de patriotas han guardado siempre en su alma los hombres honrados del terruño.

No convenía a las ambiciones insatisfechas del candidato pariente esa soñada federación, porque al verificarse se le iba de las manos el Gobierno del Estado. El sabía desde entonces que los golpes de Estado, los sobornos y demás artes malas en asuntos políticos no serían posibles bajo el Gobierno Federal, y no contando con la opinión pública ni con los méritos ni condiciones legales para optar a ese elevado puesto, era indispensable ese golpe de Estado que su pariente le prometió en su favor. De ahí que se valiera de todos los medios, por inicuos que fueran, para impedir la realización de esa obra constructiva, que lo reduciría a él a su valor absoluto, el de un burgués adinerado y sin conciencia ni hombría de bien.

La Federación se vino abajo, desplomada, sepultando entre sus ruinas una millonada de colones que se gastó en idas y venidas, papeluchos y francachelas.

Entretanto los maestros de escuela se morían de hambre, suspirando por la Unión y enseñando a sus discípulos las biografías de los patriotas de otros tiempos.

### VIII

Los pagos de los sueldos de los empleados públicos se suspendieron, a excepción de los devengados por los miembros del Gobierno, y los expías y rufianes de ambos mandatarios, y al mismo tiempo se estableció una Bolsa callejera en las proximidades de la Tesorería Nacional con sucursales en los demás pueblos del Estado, compuesta de un hormiguero de comisionistas de ambos sexos y de todas las edades y categorías, encargados de comprar recibos al tercio de su valor, con dinero de los caciques, sus parientes y amigos. El objeto de retrasar uno o dos años el pago de los sueldos era el de poner a los pobres empleados en el caso imperioso de vender sus recibos por lo que les quisieran dar, alegando penuria del Erario Nacional, que en verdad no existía en el extremo que aparentaban, como lo demuestran las Memorias del Ministerio de Hacienda de ese año y el anterior.

No se pagaba ni al Ejército ni a la Policía. Las vivanderas se negaban a mantener a los hombres de tropa, policía y guardia, y esto ocasionó sublevaciones de cuarteles, con sus respectivas matanzas de infelices soldados, prisiones, flagelaciones y demás tormentos de una brutal tiranía, recaídas en los principales hombres

de la supuesta oposición. Y más y más expatriaciones.

La ley marcial permanente, y la prensa amordazada. Nadie podía expresar su opinión sobre los acontecimientos actuales porque en cada casa, en cada oficina, en los tranvías, en teatros, iglesias y paseos públicos, se ejercía el espionaje hasta por estudiantes y académicos. Con estos procedimientos indispensables a un Gobierno que no cuenta con la opinión pública, la corrupción invade como una gangrena y mata la dignidad del ciudadano, que cansado de sufrir vejaciones, cuando no tiene la suficiente fuerza moral para resistir, claudica de una manera vergonzosa.

Ah!, con qué tristeza recuerdo esas claudicaciones de algunos amigos míos, en un tiempo honrados y fuertes en sus convicciones. Se les asedió de tal manera, sumiéndoles en la miseria, ellos que estaban acostumbrados a una vida regalona y de gran tono, que tuvieron a última hora que ceder a los halagos que cuando estuvieron de punto, como se dice vulgarmente, les hicieron sus antes enemigos irreconciliables. Estos son de los actos más dolorosos que he presenciado en mi vida. Ver caer una soberbia encina, no herida por un rayo del cielo, sino minada poco a poco por la carcoma de la perversidad, es algo que contrista el ánimo y hace perder toda esperanza de salvación.

Por eso el hombre que vive en estos cacicazgos, expuesto constantemente a las veleidades de una fortuna que obedece ciegamente a la voluntad de un mandatario ambicioso y corrompido, debe saber vivir

en armonía con sus posibilidades, sin lujos ni aparatos de grandeza; pues una vez contraídas esas costumbres enervadoras y subyugantes, no se puede prescindir de ellas y para sostenerlas le vende el alma al diablo.

En cambio las personas modestas, que se conforman con poca cosa, sufren con heroísmo los asedios y persecuciones, sin menoscabo de su dignidad, y siempre rectilíneas marchan al fin de sus anhelos patrióticos o sucumben envueltos en su bandera con la conciencia tranquila y orgullosos de no dejar a sus hijos un nombre manchado con la sangre de hermanos o la ignominia de las claudicaciones.

Todos estos procedimientos y otros más de desmoralización vergonzosa han sido empleados astutamente por los hombres del Poder para obtener los funestos resultados, que hoy se palpan en las hondas heridas de la Patria irredenta y miserable, que clama a Dios pidiendo lo que los hombres impotentes y anonadados no pueden darle: la Libertad, la Justicia y el Derecho.

Es tal la influencia perniciosa que un Gobierno despótico y corrompido ejerce en el pueblo que gime a sus pies, que su filtro venenoso penetra hasta en aquellos hombres que por su posición social, su ilustración y sus cuantiosos haberes, debieran ser invulnerables, y los convierte en ruines y apocados cómplices de las tiranías. Basta el halago de un cargo público de alta jerarquía o un grado más en el escalafón militar, para convertir en vil esclavo a un ser que antes fué noble y bueno, amante sincero de la Patria. (Todo esto aparentemente).

¿Qué esperanzas de regeneración tiene un país que tan fácilmente se prostituye? Ninguna.

## IX

Para esa obra de aniquilación moral han puesto su contingente de actividades multitud de hombres de diferentes capacidades, pero acordes en los fines que perseguían. El Egoísmo ha sido el dios de esos funestos sacerdotes de la iniquidad. El estólido criminal de la ralea, el sicario brutal y ambicioso, el periodista venal y adulator y el Magistrado indigno de su alto destino, pagados todos con largueza por los tiranos, han sido los factores más importantes de la decadencia y ruina nacionales.

Qué se puede esperar de un Magistrado que se confiesa y comulga cada ocho días lo menos y no tiene empacho en cogerse la propiedad ajena por la décima parte de su valor, antes bien, asegura que esa es una obra de Dios, que lo quiere mucho, según le ha dicho el señor Arzobispo a quien se lo han comunicado de Arriba. Que porque reza el rosario todas las noches y le pide a los santos que le den riquezas a costa de la miseria de los demás; que lo que ayer anhelaba comprar por veinte mil colones, lo compre ahora por dos mil, aprovechando que sólo él tiene dinero y el vendedor se encuentra en el mayor de los apuros, se estime como un don de Dios y se complazca en refe-

rirlo a las personas cultas y honradas, es el colmo de la maldad.

Este es el tipo moral del abogado de marras a quien me referí en uno de los anteriores capítulos, organizador de Ligas Rojas y portador de navajas asesinas. El tipo material no es preciso pintarlo, es común a todos los avaros y bien se deduce, salvo sus facciones un tanto vulgares, de la figura moral que dejo apuntada.

De los bufones y rufianes que tienen a su cargo el endulzar la vida un tanto agitada de los hombres del poder, no quiero ni debo ocuparme, por temor de ensuciar mi pluma, que a otros destinos se encamina con estas lucubraciones nacidas en lo más hondo y limpio de mi alma.

Sin embargo, debo dejar constancia de que, a la manera de sombras de un mismo sujeto, persiguen por donde quiera al candidato pariente, y éste con el mayor cinismo y poco respeto a su persona y a la sociedad, se exhibe en público no sólo con sus rufianes, sino con ladrones empedernidos, que, gracias a él, no han tenido la sanción legal que merecían. ¡Cómo serán las prendas morales de este pretendiente! Y que haya poetas y escritores que lo ensalcen constantemente, derrochando su facundia en ditirambos empalagosos y sin pizca de vergüenza, a sabiendas de que mienten y de que nadie les cree, por lo demasiado conocido del personaje. Es el hambre, indudablemente, la que los hace perder toda noción de patriotismo y de delicade-

za, ensartando desatinos e inconveniencias con la mayor desfachatez del mundo. El mendrugo viene después a calmar los gritos de su conciencia y los resquemores de su alma, si es que aún sienten, anestesiados como están por la ambición y por los vicios.

Es increíble que hombres de clara y cultivada inteligencia llamen virtud al vicio, libertad a la opresión, talento a la suspicacia, entereza al despotismo, comprensibilidad y serenidad al silencioso pachequismo. Los que ayer calificaron de ambicioso vulgar a nuestro hombre, ahora encuentran en él todas las cualidades de un predestinado a gobernar pueblos; y no se crea que tan opuestos juicios fueron hechos en épocas muy alejadas una de otra; no, la distancia es de dos a cuatro años solamente. Ni que hubiera descendido del Cielo otra vez la luz del Espíritu Santo.

Vuelvo a preguntar, si se podrá salvar un pueblo que ha llegado a tal grado de corrupción? Pues bien, esa ha sido la paciente labor del jesuitismo a que se ha entregado en cuerpo y alma nuestro candidato pariente.

## X

En la conciencia de todos los ciudadanos de este desventurado país que me vió nacer, está el convencimiento y la evidencia de que el Vice ha sido durante los últimos cuatro años el verdadero amo, pues el otro no ha hecho más que el papel de pantalla, con el

máximum de ridiculez; un verdadero muñeco de titiritero movido por los hilos que el otro tira según el movimiento que desea imprimirle.

El Ejército ha sido constantemente halagado con los ascensos que las Asambleas, indoctas y perversas, han concedido obedeciendo oportunas indicaciones del Vice y Candidato, y entendiendo mal su deber ha sido fiel al hombre, que es la encarnación de la tiranía, traicionando a la Patria; porque ha asesinado al pueblo oprimido, que es la patria misma, para perpetuar su desventura sosteniendo a un Gobierno ilegal, pues bien claro prohíbe la Constitución del Estado esos monopolios del Gobierno en los miembros de una misma familia, equivaliendo tal proceder a que no haya verdadera alternabilidad, como debiera haber, si las cosas marcharan por el sendero legal, en una República democrática, como enfáticamente se llama nuestro Estado. Todos los que acuerparon la candidatura del Vice, desde el letrado hasta el artesano, sabía esta anomalía, y estaban convencidos, además, de que la miseria a que llegó nuestro pueblo, mientras que los favoritos improvisaron grandes capitales, se debió exclusivamente al cinismo y desvergüenza de los amos, que no han tenido empacho de exhibirse en las calles y paseos en grande intimidad con los ladrones del Erario Nacional; sin embargo tuvieron la desfachatez de decir por la prensa lo contrario de lo que todo el mundo sabía, por el poco recato de los autores de nuestras desgracias.

Preparado así el terreno con el abono de la desmoralización, tan esmeradamente difundida, se dió prin-

cipió ostensiblemente a la nueva farsa eleccionaria sin que a la arena de la lucha se presentara ningún otro candidato; pues, por indicación del Vice la Asamblea Nacional no convocó a los pueblos a elecciones de Autoridades Supremas sino hasta el último día del mes de Octubre, tiempo hasta el cual prolongó sus insípidas sesiones, debiendo haber recesado desde en mayo, máxime cuando el Tesoro Público estaba en crisis. Nueve meses para celebrar cuarenta sesiones insustanciales, sólo por satisfacer las ambiciones de un hombre, es un absurdo y un crimen. Pero así se realizaba el deliberado propósito de que sólo el candidato oficial pudiera organizar su partido, al que llamaron con el mayor sarcasmo Nacional Democrático, no siendo en verdad, ni lo uno ni lo otro, si hemos de dar a esas palabras su real sentido.

Cuando se convocó a los pueblos a elecciones ya se habían organizado en todo el país comités y clubs en favor de la candidatura del Vice, compuestos casi exclusivamente de empleados públicos, porque el elemento independiente no ha simpatizado jamás con las tiranías vulgares, ni aún con los que han tenido rasgos de grandeza.

Los periódicos serviles publicaban largos editoriales alabando la cordura del pueblo, al no acuerpar otra candidatura, y el jefe del único partido que trabajaba a la sombra de la protección oficial, creyó de buena fé que nadie le haría la oposición por el temor de entrar en lucha contra su omnímodo poder.

En virtud de tal convencimiento no intentó siquiera atraerse adeptos y afianzar los viejos partidarios, salvo una que otra excepción, a las que ya me he referido; pero en realidad no ha sido atracción, sino rendimiento por el asedio y por el hambre.

Ya creían, pues, los del *Nacional Democrático*, conseguido el triunfo, sin esfuerzos y sin halagos; pero la gran mayoría del pueblo, la parte más consciente de su infortunio que parecía vejetar en una pasividad absoluta, de repente y hasta cuando pudo hacerlo amparada por la ley, con entereza, honradez y patriotismo, proclamó la candidatura de un hombre digno, desde todos los puntos de vista, y bastó que un pequeño grupo de obreros y académicos lanzara la iniciativa para que brotaran en toda la nación, con entusiasmo febril, miriadas de sinceros y desinteresados adeptos al mismo partido, que se denominó Constitucional, porque su principal objeto fué el de reivindicar la Constitución del Estado, pisoteada groseramente desde hacía dos lustros.

Al principio no se dió importancia a la formación del nuevo partido, y hasta se pensó en aprovecharlo para dar cierto cariz de lucha a la farsa eleccionaria. Eso de llegar al Poder sin oposición alguna no satisfacía mucho la vanidad del Vice; pero ya que a última hora se presentaba la ocasión de tener un enemigo a quien vencer, la gloria sería mayor, y por tal motivo se permitió, hasta cierto punto, la organización y trabajos de propaganda del partido de oposición.

Pero cuando el Vice se dió cuenta de que en quince días el Partido Constitucional había adquirido unas proporciones alarmantes, dictó sus órdenes para empezar las hostilidades, en todos los ámbitos de la malhadada Republiquita, guardando las apariencias en la ciudad capital, por el temor de que el elemento extranjero y sobre todo el Cuerpo Diplomático y el Consular, pudieran apreciar la brutal imposición que estaba resuelto a llevar a cabo. En tanto el Gobernador Muñeco hacía público en todos los rotativos de su devoción el propósito en que estaba de garantizar la libertad del sufragio, como lo declaró categórica y enfáticamente en su mensaje inaugural.

El pueblo sintió la falta de esa libertad decantada y el enorme peso de la despótica opresión, llevada al máximum de la intolerancia, como veremos en seguida, pero la prensa venal siguió gritando que la campaña electoral se desarrollaba al amparo de la más amplia libertad, a pesar de encontrarse desde hacía mucho tiempo el país bajo la ley de Estado de Sitio. Y a propósito de tales restricciones legales, el partido *Nacional Democrático*, por darse tono, y antes de que lo hicieran los contrarios, se adelantó a pedir al Ejecutivo que se derogara el Decreto por el cual fué declarado el Estado de Sitio, a sabiendas de que eso no se haría, ya que estaban dispuestos a emplear la fuerza de las armas para obtener el triunfo de sus bastardas ambiciones, como

lo demostraron con salvajismo inusitado poco tiempo después.

La intolerancia del partido visceral o estomacal, como le llamaría yo con mayor propiedad, fué tal que sus adeptos, portadores de insignias rojas, privaron de la vida violentamente, en los lugares más céntricos de la ciudad, a varios elementos del partido contrario, solamente porque no quisieron despojarse de la insignia azul que habían adoptado. La sangre de los constitucionales empezó a correr en trances singulares, gracias a la inmunidad que el Vice concedió a sus partidarios.

La Corte Suprema de Justicia, removi6 desventajosamente, a manera de destitución, a muchos jueces que simpatizaban con el candidato de la oposición.

En el gran Hospital Central de la ciudad capital, se quiso impedir la portación de la insignia azul que la mayoría de los practicantes llevaba en la solapa de sus americanas; pero este elemento siempre digno, protestó enérgicamente ante tal abuso, y se le oyó; pero cuando las cosas tomaron más incremento y el Vice se creyó fuerte e invulnerable, fueron destituidos hasta los jefes de servicios que no eran rojos, y como de este color no había muchos en aquel establecimiento, el complicado y difícil servicio hospitalario fué un completo desastre en manos de los cuatro paniaguados y sinvergüenzas a quienes se entregó por el dignísimo Director.

Los comandantes de los departamentos encontraron ocasión propicia para dar rienda suelta a sus instintos bestiales, encarcelando, flagelando e insultando a los miembros más caracterizados del Partido Constitu-

cional, mandando disolver los clubs y comités, decomisando las hojas de propaganda, violando la correspondencia particular y otras mil barrabasadas; pues el Vice tuvo la precaución de no conferir esos puestos a los militares de escuela, que en su mayoría son pundonorosos, y digo que en su mayoría, porque yo conozco algunos, con ínfulas hasta de oradores, que a fuerza de ser sanguinarios e intolerantes alcanzaron las estrellas de divisionario. De todo hay en la Viña del Señor y de estos males cristianos que tienen atravesadas las entrañas debemos huir como de la peste.

## XI

Aprovechando los primeros y falsos barruntos de libertad, el Candidato Azul recorrió los departamentos del Estado, con un éxito admirable. La ocasión era propicia. El se presentaba como única tabla de salvación para el Pueblo náufrago que bogaba desesperado en el mar borrascoso del despotismo. Los contrarios de más elevado criterio, asombrados por aquel entusiasmo desbordante, y para restar méritos al enemigo, aseguraron que aquella muchedumbre que lo aclamaba delirante, no era un partido definido, sino un conjunto de enemigos del Gobierno, sin comprender que con tal aserción hacían mucho daño a su causa, que era la oficial, porque un Gobernante que tiene por enemigos a las dos terceras partes de sus gobernados, publicando, con los gritos de su afecto por el otro, el odio justamente alimentado en secreto para él, necesariamente tiene que ser muy malo, y es falta absoluta de patrio-

tismo querer a todo trance perpetuarse en el Poder contra la opinión y el beneplácito del público. De tal guisa no podrá haber tranquilidad posible, y sólo se podrá sostener el Gobernante odiado bajo el amparo dispendioso de un formidable pie de guerra y con un inmenso y envilecedor espionaje, cuya fuerte tensión tendrá que romper tarde o temprano los resortes de la Administración Pública y hundir al país en la más cruda anarquía. Con estas consideraciones, ¿será patriótico el proceder del Ejército que sostiene incondicionalmente a la más absurda de las tiranías? De ninguna manera. Sobre él caerá la maldición de los oprimidos por todos los siglos de los siglos.

Las ovaciones hechas al Candidato Azul en la ciudad capital, a su regreso de sus giras departamentales y después de la inauguración de cada centro directivo de propaganda eleccionaria, fueron espléndidas y desinteresadas, pues cada agrupación costeó con fondos propios los gastos que eso le ocasionó. Al hablar de gastos de propaganda hay que hacer constar, en honor a la verdad y para honra del candidato de oposición, que diariamente recibía el Comité Central donativos valiosos y anónimos, mientras que el Candidato rojo hacía su costosa propaganda con dinero de la Nación, lo que no le honra mucho a él y le duele demasiado al miserable y oprimido Pueblo. Esto es el colmo del cinismo y la desvergüenza, y se quiere hacer alarde de que sus adeptos forman un partido de ideales y no personalista como dicen que es el del contrario.

La censura ejercida por un empedernido servilón, pone mil obstáculos a la propaganda azul, y en vista de tan fuerte restricción se aguzan los ingenios y echan a volar miles de hojitas escritas y reproducidas a máquina, de las cuales llegaron muchas a mi poder, sin saber por dónde. Cada una de ellas exaltaba más y más el ya enardecido patriotismo y las filas del Partido Constitucional se engrosaban de una manera maravillosa.

Exasperados los rojos dieron trazas para que los suyos hicieran una manifestación a su candidato; pero tropezaron con la falta de entusiasmo de sus forzados adeptos, y, convencidos de que no concurrirían con sólo una simple invitación, se enviaron muchos empleados públicos afiliados por conveniencia propia al partido rojo, a desempeñar repetidas comisiones a los pueblos aledaños; prometiendo pagar dos colones a cada individuo que concurre a la manifestación..... de qué?, de cariño, no, porque debían venir ganando un sueldo, no espontáneamente. Eran cifras y no corazones.

Se necesitaba reunir bastantes hombres de cualquier clase y conducta que fueran. Se recurrió a los finqueros y hacendados para que obligaran a sus peones a venir a la ciudad, y como éstos se resistieran, un patrón tuvo que emplear la lógica de su machete para convencerlos. Se convocó a los miembros de las directivas de todos los comités y clubs de la República para celebrar ese día una solemne convención, y entre los representantes que yo ví había muchos gobernadores, alcaldes, regidores y diputados. Elemento

oficial puramente. Además se hizo venir la Liga Roja de muchos pueblos y se recurrió hasta a los carretoneeros del tren de aseó. La cuestión era hacer número, y con todo no llegó a cuatro mil hombres. El domingo 10 de diciembre a las quince horas, se reunieron en el Campo de Marte, y poco tiempo después, con los miembros de la Convención a la cabeza, recorrieron las principales calles de la capital.

Para las gentes desapasionadas aquello era vergonzoso, no se veían más que Gaites y sombreros de palma, camisas y calzones de manta sucios, pues vinieron tal como los reclutaron en medio de sus faenas del campo o del seno de las tabernas. Parecía más bien un cortejo fúnebres de infima clase. Alguien dijo que iban a enterrar a la Democracia, y tal fué la impresión que causó la presencia de tanto infeliz subyugado ante la fuerza o el halago del dinero. Allí no era el pueblo el que mandaba, sino el que obedecía. Si alguno vivaba al candidato, eran muy pocos los que contestaban, y hubo quien no supiera ni el nombre del pretendiente al Poder y en su viva confundiera en uno solo los nombres de los dos candidatos contendientes. Era aquello una recluta que desfilaba por las calles, sin entusiasmo, sin vida y sin amor ni ideal alguno.

Los del partido contrario no salieron de sus casas y no hubo curiosos en las bocacalles. No era aquello para recrear la vista ni producir emociones en el alma, a no ser que de tristeza, por la exhibición de tanta miseria humana. Sin embargo, un poeta pseudo lugoniano y hambriento, rojo desde el estómago al cerebro, dedicó

a ese *fúnebre cortejo* un soneto heroico, porque él creyó o aparentó creer que aquello era una apoteosis; de todos modos así halagaba la vanidad del candidato Vice, a fin de asegurar la pitanza. ¡Pobres poetas! ¡Cómo desperdician su inspiración! El soneto del poeta rojo fué parodiado por otro poeta, si no con belleza, al menos con verdad, poniendo las cosas en su punto y razón.

En la célebre Convención del partido rojo, el candidato leyó un largo Programa de Gobierno bastante bien confeccionado por pluma acostumbrada a hacerlo cada cuatro años, y lo sometió por cortesía y por política a la aprobación de su partido. En el molde en que se funden los Programas de Gobierno no entra ninguna partícula que afee al conjunto o que sea digna de censura. No se ha visto ningún candidato que ofrezca violaciones, robos y concupiscencias. Eso sería impolítico. Además, como dice el vulgo, el papel aguanta todo lo que le pongan. Que se cumplan las promesas es cosa diferente, y sus antecesores de la misma familia han dicho lo mismo y han hecho lo contrario.

Para despedir a los *honorables* miembros de la Convención, el candidato les ofreció una parranda en su quinta de recreo, que terminó en una escandalada por las calles de la ciudad.

## XII

Después de esta célebre manifestación, el señor Ministro del ramo se apresuró a dar un acuerdo, restringiendo las que pudieran hacerse al otro candidato;

pues a las claras estaba que ese fué el único objeto de dicha orden que se transcribió a todas las autoridades de su dependencia. La intención del Señor Ministro fué maravillosa: pues, a pesar de no darle mucha importancia al incremento de los azules, presentía algo que al parangonarse con la predicha manifestación, obtuviera una superioridad aplastante, y su presentimiento se convirtió en una deslumbrante realidad, como veremos en seguida; pero antes debemos dejar constancia de un acto significativo y hermoso, por demás: la fundación e inauguración solemnes del Comité de Señoras y Señoritas capitalinas, que se verificó en el recinto del más grande de los teatros particulares.

El edificio de referencia tenía una capacidad para tres mil personas, colocadas en sus asientos respectivos; pero en la noche de la inauguración del Comité, «Juana de Arco», pues así quisieron las damas y damitas que se llamara, la aglomeración era tal que nadie podía estar sentado y el número se calculó en cinco mil personas, de lo más selecto de nuestra sociedad. Fué aquello una verdadera sinfonia, donde predominaba la nota azul. Había azul de cielo en el alma femenina y azul de montañas lejanas en los trajes de las nobles mujeres capitalinas. La voz doctrinaria y elocuente de los oradores resonó entre aplausos de frenético entusiasmo y terminó la simpática reunión con una lluvia de flores sobre la cabeza del candidato constitucional.

Este nuevo triunfo exacerbó a los rojos y puso de manifiesto su gran desprestigio.

Una simple hojita de invitación que circuló en la capital y pueblitos aledaños, con pocos días de anticipación, fué suficiente para congregarse en el Campo de Marte el 17 de diciembre la más numerosa, decente y entusiasta ovación que registran las páginas de nuestra verdadera Historia Patria. El número, calculado por los mismos contrarios, pasaba de veinte mil individuos, distribuidos por gremios, sin faltar uno, desde el académico hasta el sirviente y el campesino; cada gremio con su insignia respectiva y su bandera y cada hombre con su banderola de papel del mismo color y su botón azul en la solapa; pues hay que advertir que en aquella inmensa muchedumbre no se veía un sombrero de palma ni un pie descalzo, señal de que allí iba el verdadero pueblo, el consciente, el que forma la democracia. El desfile cubrió más de veinte cuadras, yendo en formación ordenada de cuatro, seis, y ocho en fondo. Tardó cuarenticinco minutos en pasar toda por un mismo lugar, y desde que salió del Campo de Marte hasta llegar al Parque Bolívar, aquella gente no cesó un solo momento de vivir al candidato, a la Libertad y a la Constitución, llegando al final de la jornada enronquecidos de gritar y ebrios de patriotismo, y con las manos y los brazos fatigados de tremolar las banderolas y los sombreros, cuando estaban en presencia de su querido candidato.

Nadie profirió un solo muera. El orden más perfecto fué su norma de conducta. Otro tanto de curiosos de ambos sexos participantes de aquel delirio patriótico se veía por todas partes donde la manifestación pasó.

¿Qué sentiría el alma de aquel hombre que se veía aclamado por todo un pueblo ansioso de arrojar el yugo del despotismo? Ni él mismo sería capaz de medir la intensidad de su emoción; pero sí de la solemnidad y magnitud del compromiso político y moral que tal espontaneidad reclamaba de él, para la salvación de las instituciones y libertades patrias, y no dudo que un hombre aclamado así, debe sentirse más obligado a no defraudar tan puras y patrióticas esperanzas. Él hubiera sido, por su propio orgullo, un buen gobernante, ya que aptitudes y honradez no le faltaban.

Pero los hados adversos habían decretado otra cosa y aquella apoteosis de muy legítima gloria debía recorrer bien pronto su vía del rosa, cargando la pesada cruz de un interminable martirologio.

### XIII

Con este nuevo triunfo del Partido Constitucional, que fué como un bofetón lanzado a la cara del candidato rojo, se colmó la medida de la paciencia y la soberbia de él y sus adeptos estomacales; pues interpretaron aquel delirante entusiasmo para el candidato azul, como odio ostensivo para su causa y para la persona que lo representaba; pero todavía tascaron el freno de las conveniencias sociales, y habiendo oído

decir que las mujeres de la insignia azul pensaban verificar el domingo siguiente otra manifestación aun mejor que la de los hombres, que a grandes brochazos hemos intentado pintar, se propusieron hacer ellos antes una del sexo femenino, pero este fué un nuevo y rotundo fracaso. Negaron la licencia a las azules, alegando que las rojas se habían anticipado a pedirla para el mismo día y que según la orden del Ministro de Gobernación no podían verificarse dos en el mismo día, sobre todo siendo de partidos contrarios. Se dieron trazas para organizar su manifestación femenina y llegado el día, el candidato se hizo presente en el lugar de reunión, y cuál no sería su desencanto y su coraje al encontrarse solamente con cuarenta mujeres reclutadas en los lupanares y en el hospital de venéreas? Colérico ordenó la dispersión de tan abominable grupo de hembras y regresó cada vez más convencido de su impopularidad. Y desde ese momento, asesorado por sus principales partidarios y de acuerdo con el Gobernante del Estado, concibió el plan más diabólico que pueda abrigarse en una mente humana, para desbaratar de una vez, con un golpe de Estado, el partido que le hacía sombra y que de hacerse las cosas conforme a las normas republicanas, no lo dejarían realizar su ambición de poder y de riquezas, y tal como lo concibirían lo pusieran en práctica al día siguiente, 25 de diciembre, día de navidad, el más apacible y sugestivo en todo el orbe cristiano. Dicen que antes de reunirse ese consejo macabro, vieron llegar a la casa donde deliberaban los pro-hombres de la tiranía, una sombra negra;

algunos aseguran que fué el diablo en persona, otros creen que fué un jesuita; pero el caso es que la sombra se prolongaba en una raya larga, larga... que no tenía fin. Al silencio de la noche, de esa noche que era Noche Buena, terminó la conferencia, quedando todos satisfechos y de acuerdo para lo que debía ejecutarse el día siguiente. Después de algunas libaciones se despidieron efusivamente y fuese cada cual a dormir y a soñar con el color de su bandera. Sueños rojos en sus conciencias negras.

Amaneció Dios el nuevo día y el sol apareció entre nubes rojas, como presagios de mal agüero; pero nadie paró mientes en ese fenómeno tan común en nuestras latitudes.

En todas las casas se notaba mucha agitación y se trabajaba con entusiasmo confeccionando banderolas de papel azul. En casi toda la ciudad se pusieron gallardetes del mismo color en las puertas y ventanas, cual si quisieran rivalizar con el azul purísimo del cielo. ¡Qué llena de optimismo estaba el alma femenina!

A las dos de la tarde empezaron a reunirse las mujeres capitalinas en la Avenida Independencia y ya cerca de las cuatro empezó el desfile más hermoso que hayan visto nuestros ojos. Era imponente y bella aquella inmensa muchedumbre de mujeres vestidas de azul, con sendas banderolas de igual color, ordenadas por grupos portadores de su respectivo pabellón y estandarte. Rompía la marcha un grupo de niñas, seguían las señoras y señoritas de la más culta sociedad, y

después las demás clases, hasta las señoras del mercado y las sirvientas. Cuando empezaron la ordenada marcha palmoteando y repitiendo: «Libertad, Libertad» cualquiera hubiera creído que aquello era una bandada de palomas en actitud de tender el vuelo por los serenos y azules espacios, en busca de un ideal por tanto tiempo acariciado. Visto de lejos aquel continuo movimiento de banderolas, hacía el efecto de un oleaje de azulinas y luminosas aguas. Así recorrieron muchas calles, vivando siempre a la libertad, de que ha tiempo estaba sediento aquel pobre pueblo.

Aquellas mujeres, con el alma rebosante de gozo y patriotismo, caminaban en una marcha triunfal entre dos filas de espectadores que las admiraban y aplaudían. En todos los pensamientos no había una sombra ni una mala idea. Parecía que el cielo con todas sus glorias y sus luminarias hubiera descendido sobre aquel mar de humanas criaturas y llenara sus corazones de alegría infinita.

Nadie pensaba en hacer daño ni en que se les hiciera, su propósito era muy noble y elevado. Era una apoteosis al ser que según ellas encarnaba la Libertad y el Derecho. Querían ovacionar espléndidamente al candidato. ¿Qué mal había en eso? Las armas que llevaban eran flores, confeti y serpentinas. Con el canto perenne y armonioso de sus vivas tampoco podrían causar daño. Los hombres que las custodiaban eran sus padres, sus esposos y sus hijos,

con el único objeto de admirarlas y conducir las a sus hogares al terminar la manifestación, y no podía ser de otro modo; pues iban para cuidarlas, no para exponerlas al peligro; y quién pensaba que hubiera peligros para aquellas indefensas criaturas?

Sin embargo, aquella apoteosis presentida para el candidato de la oposición, colmaba la medida, como queda dicho, de la paciencia del candidato oficial, y pues él contaba con la fuerza de las armas (destinadas por el pundonor militar a la salvaguardia de los derechos ciudadanos) no tuvo ni remordimientos para emplearla, de la manera más brutal, contra aquellas mujeres incapaces de responder con otra violencia igual. Con anticipación se mandaron a emplazar las terribles ametralladoras en los edificios públicos y particulares (de adeptos sin conciencia) por todos los lugares donde debía pasar la manifestación y se mandaron varios destacamentos de caballería, guardia nacional y policía, bien provistos de parque, y.....horrorízate lector querido y culto, a una señal convenida de antemano, empezó el tiroteo, primero al aire, según dicen, y después haciendo blanco en aquel otro cielo movible y cantarino. Y parece extraño que aquellas almas, que parecían creadas para la frivolidad y los placeres, se encendieron en un sagrado fuego de heroísmo y continuaron hasta llegar al Comité Central de su partido, donde las esperaba ufano y tranquilo el digno jefe a quien iban a ovacionar.

Y mientras ellas arrojaban flores, confeti y ser-

pentinas al candidato de sus simpatías, de las bocacalles y de algunas casas vecinas, les arrojaban balas en descargas cerradas. Empezaron a caer tintos en sangre aquellos seres que parecían, momentos antes, pedacitos de cielo. Ya una niña impúber, una señorita, una dama, o una mujer del pueblo, pues no había distinción para los victimarios, y, tras aquellas otras y otras. Empezó al fin a cundir el pánico y un familiar arrancó de las manos de una señorita herida la bandera que portaba, pero enseguida la tomó otra y corrió con ella, porque los disparos se hacían con más insistencia a las abanderadas, como que aquella insignia despertara los enconos y avivara la saña de los enemigos. Los hombres inermes que las custodiaban, se enardecieron y pedían armas y hasta querían desempedrar las calles para encontrar algo con que vengar aquel burdo y oprobioso ultraje al sexo débil; pero los jefes del partido calmaron aquellos ánimos exaltados tan justamente y la dispersión desordenada empezó, buscando refugio las atribuladas mujeres en las casas vecinas, algunas de cuyas puertas se les cerraron, para colmo de crueldad. Para hacer más ignominiosa aquella tragedia, se puso en acción también el arma más vil, el arma blanca, machetes y navajas esgrimidas por los ligas rojas, que encontraron allí un verdadero festín de sangre con que saciar su sed de asesinos empedernidos.

Una pobre anciana gritaba implorando a la Virgen del Carmen para que la socorriera en aquel trance tan apurado, y unos ligas rojas que la oyeron des-

cargaron sobre ella sendos machetazos. Otra mujer del pueblo, al sentirse herida, gritaba «viva nuestro candidato»; a cada despiadado machetazo que recibía, profería otro viva, hasta que le faltó el aliento y murió llena de heroísmo patriótico. ¡Heroína desconocida!

Dos hombrecitos del campo, que presenciaron estas sangrientas escenas, levantaron los brazos inermes y se ofrecieron como víctimas propiciatorias, diciendo: «ya ven que no tenemos armas, pues bien, si tienen sed de matar, mátennos a nosotros; pero ya no sigan matando a las mujeres indefensas; porque eso es una cobardía». Y no habían acabado de hablar cuando un policía mató al uno y un liga roja al otro.

Las personas heridas que cayeron cerca del Comité, fueron llevadas allí para hacerles la primera curación; entretanto la ambulancia de la policía andaba recogiendo los muertos y llevándolos a una fosa común abierta de antemano; de este modo se ocultó el número total de defunciones, que al decir de algunos que estuvieron en aquellas calles de la tragedia, no bajó de ochenta, y el de heridos fué enorme.

#### **Lista de muertos y heridos**

##### **MUERTOS**

*N. Acevedo.*—De Mejicanos. Capturado el 25 en su casa y fusilado camino de Zacatecoluca.

*Josefina Batres.*—Asesinada en el Parque Dueñas.

*Serafin Batres.*—Muerto frente al sitio donde estaba Casa Blanca.

*Serapio Batres.*—Muerto frente al Portal Quemado de la Alcaldía.

*Alonso Castaneda.*—Muerto en su casa, situada cerca del Campo de Marte.

*Octavio Henríquez.*—Asesinado frente a la portada de la Iglesia del Rosario.

*Salvador Henríquez.* — Lo mataron frente al Palacio Arzobispal.

*Abraham Landaverde.*—De Mejicanos. Sus padres, Vicente Herrera y Clea Landaverde. Del pesar murieron la madre y la esposa, dejando cuatro niños de corta edad.

*Bernabé Landaverde.*—Empleado de Comercio, asesinado por los guardias, en la esquina de Villa España.— Recibió ocho balazos.

*Manuel Mariona.*—Del barrio de La Vega, barbero, fué muerto por los disparos que de los altos de la casa Ambrogi se le hacían al Dr. Miguel Tomás Molina, que estaba parado en la puerta de esquina de la casa en que estaba el Comité Central del Partido Constitucional.

*Carmen Mirón.*—18 años. Hija de Andrea Mirón, de Santa Ana. Recibió un balazo en el pecho y un guardia la remató de un machetazo en el pecho. Murió en el Hospital el 26 a las 2 a. m.

*Fidelina Morán.*—17 años, hija de Miguel Morán que vivía en el Palo Verde, en un mesón de Ismael Gómez, fué muerta en el Parque Dueñas y recogida por la ambulancia. Cuando el padre fué a reclamar el cadáver, fué ultrajado por la policía y amenazado con los revólveres que le pusieron en las sienes.

*Blanca Rodríguez.*—10 años de edad, hija de César Rodríguez, muerta en la puerta de su casa, frente

al sitio en que estuvo El Castillo, en el barrio de Candelaria, por disparos hechos de la casa de altos denominada Broadway.

*Teresa Rodríguez.*—Antigua cocinera de doña Angelina Ortiz de Osegueda. Mataron a sus dos hijos y llegaron a quitárselos cuando los estaban velando.

#### HERIDOS

*María de los Angeles Aguilar.*—Barrio del Galvario. Herida de la mano izquierda en el Portal de «La Dalia».

*Ricardo Aguilar.*—Herido.

*Teresa Angulo de Aguilar.*—Gravemente golpeada. 25 años de edad. Barrio de La Merced.

*Margot Barraza.*—Barrio de La Vega. Oficios domésticos. Un balazo en el muslo derecho.

*Eugenio Borja.*—Hijo de Dolores Borja. Se le encontró herido de un balazo en la Legación de España.

*Laura Bousquet.*—Recibió un balazo en el maxilar inferior en su casa de habitación.

*Agustín Castellanos.*—De Mejicanos. Carpintero. Bañado de las dos manos.

*Alberto Guéllar.*—Empleado de la Casa De Sola & Henríquez. Un balazo en el estómago, recibido cerca de las oficinas del Diario «La Prensa».

*Concepción Chávez de Orellana.*—Mejicanos. Un balazo en la cabeza.

*Atanasio Escalante.*—Padre de Alberto Escalante. Recibió un balazo en el brazo izquierdo, cerca del almacén de Goldtree, Liebes & C°.

*Aureliano Escamilla.*—Empleado del Club Internacional.

- Lo flajelaron bárbaramente y estuvo cinco días preso. Salió con la ropa toda ensangrentada.
- Francisco Fermán.*—Sastre. 22 años. Barrio del Calvario. Herido en la pierna izquierda.
- Liberato Galindo.*—Comerciante. Barrio de Candelaria. Herido de un balazo en la pierna izquierda.
- Glotilde Gotay.*—14 años. Un fuerte quemón de proyectil en el hombro izquierdo.
- Alberto Grimaldi.*—7 años de edad. Barrio de La Merced. Sus padres: Alberto Grimaldi y Teresa Angulo de Grimaldi. Un balazo en la cabeza.
- Amalia Guerra.*—Un balazo en el estómago.
- María Guerra.*—Atravesada la mano izquierda de un balazo.
- Amalia Gutiérrez.*—Barrio de San José. Un balazo en el abdomen y otro en la mano, recibidos cerca del Hotel Nuevo Mundo.
- María Henríquez.*—12 años. Golpeada.
- José Hércules.*—Herido.
- Ricardo N. Jarquín.*—Herido.
- Encarnación López de Rojas.*—Esposa de Angel Rojas. Habita en el Barrio del Calvario, por el Puente Araujo. Estando en el Parque Dueñas, recibió un balazo en el muslo derecho y fué a caer cerca de la Camisería Española.
- Sebastián López.*—Empleado de la Casa de Préstamos «La Confianza». Un balazo en la mano izquierda y otro en el muslo derecho. Azotado por la policía.
- Jesús Luna.*—Albañil. Barrio del Calvario. Atravesado por varios balazos, por «París Volcán», uno de ellos en el pecho, cerca de la clavícula.

*Brígido Melara.*—Herido.

*Manuel Méndez.*—Barrio del Calvario. Sirviente doméstico. Recibió un balazo en el pecho en el Parque Bolívar.

*Gayetana Montes.*—Barrio de San Esteban. Costurera. Un balazo en el brazo.

*Juana Montes.*—22 años. Vendedora de carne de esta ciudad. Recibió un balazo en la pierna derecha, cerca del Palacio Arzobispal.

*José Orellana.*—Carpintero y vendedor de zacate. Barrio de San José. Recibió un balazo en el pecho, por la esquina de Ruano. Mes y medio en el Hospital. Quedó impedido del brazo izquierdo.

*José Ortiz.*—Herido.

*María Otero.*—13 años. Barrio San Esteban. Distorsión de la muñeca izquierda. Múltiples contusiones en el abdomen y en la espalda.

*Luis L. Panameño.*—Herido.

*Virginia Quinteros.*—De Santa Ana. Golpeada ferozmente en una cadera. La ambulancia la recogió cerca del Palacio Nacional.

*Luz Rivas.*—Recibió cuatro balazos en la pierna izquierda y un machetazo en la cabeza. Se los dió un sargento de policía cerca de «La Maison Dorée». Permaneció dos meses en el Hospital.

*Rosario Salguero.*—15 años. Hija de Manuel Salguero. Le cortaron el dedo pulgar de una mano con un proyectil.

*Margarita Saravia.*—Cuatro balazos. Dos machetazos en la cabeza y una patada en le omóplato.

*Amalia Sierra.*—Tres balazos. Uno en el brazo izquierdo, otro en la cadera y el tercero en un pie.

*Fidelina Solórzano.*—22 años. Oficios domésticos. Barrio de San Esteban. Fué atravesada en el muslo izquierdo de un balazo. En la pierna derecha, un quemón de proyectil. Además un golpe en la misma pierna.

*Fidelina Ticas.*—19 años. Atravesada la pierna derecha de un balazo.

#### DESAPARECIDOS

*Jesús Martínez.*—Carpintero de la calle de Mejicanos. Desapareció. La madre le rezó novenario.

*N. Silva.*—Sobrino de Adela Calderón de González. Vecino de la casa de Vicenta de Escalante Silva.

\* \* \*

Las ametralladoras del Palacio fueron las que hicieron más estragos; pero fue más brutal la acción de los machetazos de los ligas rojas.

Ah!, si el pueblo hubiera tenido armas tal vez se repitiera en este desgraciado país un acto de represalia, más justificado que el del 19 de marzo en España, cuando la ignominiosa caída de don Manuel Godoy; llamado al Príncipe de la Paz, o del más heroico 2 de mayo contra la invasión de los soldados de Napoleón Bonaparte; pero no se iba en son de guerra, como han afirmado los tiranos para justificarse de ese crimen que no tiene perdón de Dios ni de los hombres. No se contaba tampoco con armas ni con jefes, como Velarde y Daciz. Ni es lógico pensar que los hombres que acompañaban a las manifestantes tuvieran propósi-

tos agresivos contra la fuerza armada. Sería preciso que el pueblo estuviera loco para acometer una empresa semejante, exponiendo a sus madres, sus esposas y sus hijas a una muerte segura e infecunda.

Ni siquiera sentido común, mucho menos talento, tuvo el editorialista del Diario Oficial, en su artículo del día siguiente, al afirmar que del seno de la manifestación habían salido los primeros tiros dirigidos a la mansión del candidato oficial que, según él, se libró milagrosamente de la muerte, pues estaba viendo pasar, a media cuadra de distancia, la pacífica manifestación. Y para probar el aserto muestran las huellas de unas balas en las paredes del palacete, huellas que ellos mismos hicieron para presentarlas como cuerpo del delito. ¡Ah infames! No saben ni mentir. Ese editorial fué la única crónica que publicaron los rotativos de la ciudad, obligados por los caciques, y los que se negaron a la reproducción, se les impidió volver a salir a la luz pública, por algún tiempo, pues llevaron presos a los empleados de la empresa.

A la hora en que se dispersaba la manifestación, se ponía el sol entre nubes negras y parecía que el cielo quisiera llorar por tantas víctimas inocentes.

Las prisiones de todos los miembros más importantes del Partido Constitucional empezaron esa misma tarde en toda la República. La Penitenciaría y las cárceles se llenaron de prisioneros políticos, y los que pudieron escapar se refugiaron bajo el amparo de alguna bandera extraña y así permanecieron hasta que pasaron las elecciones, pues la persecución fué obsti-

nada y constante. De ese modo, tan bárbaro y vulgar, venció el partido rojo al partido azul. Y diga el lector si esto no es un golpe de Estado?

Cómo podrá mandar este monstruo de la tiranía en un país que en su mayoría le odia con sobrada justicia? Manteniendo un enorme espionaje y un dispendioso pie de guerra. Podrá hacer así la felicidad de la Patria, que tanto proclaman sus partidarios?

Y el hecho de apoyar a un Gobierno despótico y corrompido, no es un estigma de perversidad que mancha el alma y enferma los corazones?

A pesar de la persecución a los dirigentes del partido caído, los imperantes tuvieron miedo de una reacción del pueblo ofendido y extorsionado y ordenaron una copiosa recluta para reforzar los cuarteles de la capital. Yo presencié las cadenas de hombres amarrados de los gatos que llevaban de los departamentos.

Tuvieron también la precaución de decomisar todos los machetes, puñales y navajas, revólveres y escopetas de los almacenes de todo el país. Ah!, cobardes, capaces de asesinar a un pueblo de mujeres indefensas, y tiemblan ante la venganza de los hombres a pesar de los enormes armamentos de los cuarteles y de la punible complicidad del Ejército.

Durante la pavorosa noche del 25 la soldadesca, en estado de ebriedad, recorrió las calles de la ciudad disparando sus armas para infundir el terror e impedir la revancha que temían.

034501 N068730

XIV

A los dos días de la horrible tragedia murió el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, por consecuencia de una enfermedad de los pulmones, y esta fué una ocasión que aprovecharon para enseñarle al pueblo, como si dijéramos, los dientes del lobo; fué, más que un entierro, una exhibición de fuerzas numerosas armadas de cañones, ametralladoras, rifles y machetes; pues, como un sarcasmo y un baldón a la Justicia, que aquel ilustre muerto representaba, la Liga Roja, en traje de fascinerosos, presidía el duelo junto con los señores Ministros de Estado y los Magistrados de la Suprema Corte de Justicia. Más de seis cuabras ocupó el ejército de cuatro en fondo. Jamás a ningún hombre civil se habían hecho honores tan militares. Si la muerte hubiera ocurrido en otras circunstancias y en otros tiempos, se le hubiera conducido al sepulcro lo más modestamente posible.

Y, pásmese el lector, los hombres más caracterizados por su saber, su posición social y económica y por su aparente hombría de bien, se sentían orgullosos de aquella ostentosa demostración de la fuerza brutal de las armas y preguntaban al compañero, al que les antecedía o precedía en el desfile del fúnebre cortejo, si se podía intentar algo contra el que poseía aquel elemento poderoso y hacían notar que después de la tragedia no se atrevía nadie a portar la insignia azul,

atribuyéndolo a cobardía, y decían: «Dónde está ese valor dé que tanto alardeaban en sus discursos y griterías»? «Ya les decíamos nosotros que solo eran bulla, palabras y más palabras, que el viento se lleva, mientras que los rojos son todo acción, todo nervio». Yo sólo oía presa de la mayor indignación. Un amigo, cuyo color político ignoraba yo, y hasta lo creía neutral o adverso al régimen imperante y, por consiguiente, al candidato oficial, por haberlo hecho sufrir recientemente una tremenda humillación, me preguntó con el mayor desenfado: «¿Qué tal le pareció la tragedia del 25?» ¿No le parece que así deben hacerse las cosas? Esta segunda pregunta la pensó, no lo dudo, pero no le di tiempo de expresarla, porque le supliqué no hablar de tal asunto en la calle y en medio de tanto espía. Hablamos de otras cosas, y ya cuando nos íbamos a separar, quise cerciorarme en qué sentido me había hecho aquella pregunta, y yo lo interrogué a mi vez: «Y Ud. al fin, qué es, rojo o azul? Y él, me contestó lleno de satisfacción y de orgullo: «Rojo altivo». Me despedí de él y no le di la mano.

Las dos personas a que me he referido no tienen necesidad de ser malos para vivir con comodidades y honores, pero tienen ambiciones de mando y de riquezas, y por eso se inclinan ante el que tiene los medios de llegar al poder. La vanidad les ha hincado sus garras y anhelan brillar aunque cubriéndose de oropeles y emergiendo de un mar de cieno. ¡Pobres hombres! Yo los compadezco porque están poseídos de un genio maléfico. La politiquería, entre nosotros, es una plaga,

es una gangrena, un cáncer que corroe las conciencias y las macula y ensombrece. A todos los gobernantes les rodea constantemente, a manera de asedio, una camarilla de aduladores, sin vergüenza y sin patriotismo, que, insaciables parásitos del Tesoro Público, no los dejan ni a sol ni a sombra, y contraen con ellos nexos de complicidad, que resultan funestos para las garantías de los ciudadanos honrados y patriotas. Ellos disponen de los empleos públicos, como de algo muy suyo, y se sirven del poder de darlos o quitarlos, como de un arma poderosa para sus medros y el afianzamiento de su primacía. Después del infausto Día de Navidad, se enviaron emisarios a los departamentos, con la lección del Diario Oficial aprendida de memoria, y en el tren, o en los hoteles y paseos, contaban a su modo lo sucedido en la capital, encomiando la previsión del *Supremo Gobierno*, que tan acertadamente y con la mayor economía de sangre había sabido conjurar el mal; pues según ellos, si las cosas no terminan así, es decir, con la muerte prematura del Partido Constitucional, el 14 de enero hubiera sido una gran hecatombe. Debemos, pues, quedar agradecidos al tino, y clarividencia de los mandatarios, que velan con *amor y desinterés* por el bien y tranquilidad de su pueblo. ¡Qué buenos son! ¡Dios se los pagará! Y que haya tanto desagradecido, que le *deben a ellos la vida*, y sin embargo los maldicen y les desean muchos males, como el abandono del Poder Supremo, que ellos solos están capa-

citados para ejercerlo con acierto. ¡Ah, qué mala entraña la de ese pueblo! Sin duda el hambre o la desesperación de estar separados de sus parientes, que conspiraron de palabra, sino de obra, los hace ver iniquidades donde solo hay virtudes.

¡Dios ha de premiar al justo y castigar al pecador!

## XV

Obrando como queda dicho en los capítulos anteriores se logró llegar en santa paz y sin oposición alguna al anhelado día de las elecciones, las que se verificaron *en perfecto orden y compostura*, en un todo de acuerdo con la ley de la materia. La elección, como se comprende, fué unánime, y el triunfo fué celebrado con champaña y marimba, es decir, la aristocracia de la clásica bebida francesa en la mayor armonía con la democracia del instrumento indígena, que hasta en sus fiestas son originales los hombres de talento, comprensibles, como dice un famoso literato, y *ecuanímes*. ¡Ah, esta palabrita ha estado muy de moda entre los rojos de ogaño. La ecuanimidad y la seriedad de sus actos, como decía a todos los vientos un insigne periodista que yo me sé, fueron siempre las características de ese *imponente* partido político, el único bien organizado y definido que existe en el país.

Para la seguridad del mandatario electo se redoblaron las precauciones, aumentando la fuerza permanente, la Policía, la Guardia Nacional y Cuerpo de Seguridad, que las malas lenguas llaman *orejas*. Los amigos del futuro timonel de la nave del Estado no lo

abandonaron ni un solo momento hasta verlo, el 1°. de marzo, con su banda azul y blanco, (colores nacionales por los que tuvo que cambiar el rojo de su insignia) sentado en la Curul Presidencial. ¡Ah, que júbilo el de aquellos *buenos y desinteresados* amigos! ¡Cómo se les salían a los ojos los borbotones de placer que el corazonote enloquecido impulsaba a cada latido tumultuoso! ¡Qué bien se habían ganado aquel atracón de alegría santa!

Ya lo ves, querido lector, qué bien se hacen las cosas en nuestro Gredal. Cuando la nave parece naufragar en medio de un mar embravecido que le azota los costados, y parece que se quiere levantar una tromba, el Capitán manda arrojar barriles de aceite, o lo que es lo mismo, balas de rifle y ametralladora y... con unas cuantas andanadas de babor o estribor, que apenas parecen salvas de gloria, pin, pan, pen, pen,... todo se tranquiliza y la nave expertamente dirigida sigue imperturbable su marcha hacia el puerto que marca su destino.

«Yo nunca he visto, me decía un *sabio*, que en mi país fracase la fuerza». (1) Y qué verdad tan grande decía: *por fin sabio*. La fuerza obtuvo el triunfo y lo seguirá obteniendo *per secula seculorum*.

## XVI

Ya toca a su fin la verídica historia que dejo escrita para ejemplo de las edades futuras; pero para

(1) La fuerza no fracasa en ninguna parte.

terminar la narración con este último capítulo, imploro al cielo me alumbre el entendimiento, para no profanar con mi torpe dicción la sublime majestad del grandioso espectáculo que quisiera describir fielmente, tal como lo presencié desde mi punto de observación. Hay en la naturaleza fenómenos tan estupendos que empequeñecen el espíritu de tal manera que no se encuentran palabras capaces de armonizar con lo que se trata de describir. De tal guisa se encuentra mi pobre ánima, encogidita y timorata, antes de decir al lector lo que vieron mis ojos en el silencio y oscuridad de una noche de junio.

Ya que es imposible que se realice el milagro de transformar mi tosca pluma en la bien tajada de un Pereda, Galdós o Valera, me conformaré (y ruego al lector disculparme,) con hacer una relación del suceso como mis fuerzas o mis potencias intelectuales me lo permitan. Así lo haré, con perdón del que me lea.

Es el caso, que después del ultraje inferido al Pueblo por la violencia de las armas y el asalto al Poder, enmascarado con la farsa eleccionaria, verificada al amparo de un enorme pie de guerra, las gentes honradas del país fueron poco a poco saliendo de él anhelosas de respirar aires de libertad en algún otro lugar de la tierra. Y aquella gran emigración de los mejores ciudadanos dejó el terruño como un campo de labranzas después de segadas y recogidas la mieses. En

aquel rastrojo soltó Belcebú sus cuadrigas infernales para hacer una salvaje devastación, hasta convertir aquella tierra feraz en yermo inmisericorde.

Era una noche de junio oscura y lluviosa. La Iglesia Católica celebraba el Corpus Christi con pompa y solemnidad. Serían las doce, y cuando ya todos se habían recogido en sus lechos y algunos dormían profundamente, en la Casa de Gobierno se hacían copiosas libaciones, que luego convirtieron, a los que así abusaban de la infernal bebida, en una piara de cerdos tirados por aquí y allí, en la más repugnante promiscuidad de clases y de sexos; semejante espectáculo solo se vió en la depravada Roma de los Césares, en las orgías neronianas, que ya se creían extinguidas para siempre, bajo el peso de muchos siglos.

La naturaleza indignada con tanto oprobio, se estremeció horriblemente, como en una monstruosa convulsión, y a su poderoso influjo se arrancaron de raíz la mayoría de los edificios, sepultando bajo sus escombros a los dormilones y confiados habitantes de aquella ciudad maldita. Tras aquella convulsión vino otra y otra, cada minuto, durante toda la noche. La lluvia caía insistente y cruel. Debajo de la tierra se oían rumores extraños y a lo lejos retumbaba el volcán, como un monstruo apocalíptico.

Aquella gente beoda se llenó de pánico y quiso huir; pero las calles habían desaparecido en medio de los escombros. Entonces se acordaron de Dios y le imploraron aquella santa misericordia, que ellos no habían tenido para el pobre pueblo que, sacudiendo sus

sandalias como los apóstoles de Cristo, huyó a lejanas tierras. La inclemencia del Omnipotente fué inexorable en esa ocasión. Dios tarda pero no olvida, dice un adagio del vulgo.

Los malvados no pudieron salvarse de la ira divina con sus cañones y metralas. Torpes en el andar por la embriaguez no acertaron a encontrar un sendero de salvación, y entre tanto, el horizonte se cubría de nubes rojizas y parecía que la montaña se incendiaba, y la lluvia seguía cayendo y convirtiendo en fango los montones de tierra de las paredes derruidas y las carnes palpitantes de las innumerables víctimas de aquel espantoso terremoto.

Las pocas gentes que se habían salvado en las plazas y parques, gemían, rezaban, lloraban y confesaban a gritos sus culpas, implorando el perdón de Dios, porque veían o presentían la proximidad de su fin. Una muchacha reía, sin embargo, reía a carcajadas y bailaba sobre las ruinas, cual si estuviera poseída de una alegría inmensa, y cantaba y alababa a la Reina de los Cielos, porque al fin se había dignado exterminar las fieras humanas que ha tiempo nos estaban devorando. Estaba loca. Había enloquecido de terror. Las madres pedían a Dios que las matara a ellas; pero que salvara a sus tiernos hijos, que ninguna culpa tenían, y, por tanto no merecían tan horrible castigo, sin pensar en lo que sería de esas criaturas si les faltaba el amor y los cuidados de sus padres. En una plazuela agoniza-

ba un hombre ilustre, rodeado de sus amantes hijos y de su adorada esposa. Y ahí murió, él que vivió siempre en la opulencia y colmado de honores y preeminencias.

¡Qué contrastes los de la vida humana! ¡Que infima criatura es el hombre y qué impotente ante las fuerzas ciegas de la Naturaleza! ¡Y qué soberbio y vanidoso es, cuando le sonríe la veleidosa Fortuna! Entonces no se acuerda de su pequeñez. Se olvida de que es polvo nada más, que ha de mezclarse a su tiempo con el polvo de la tierra. Pero llega la hora sombría de las renunciaciones, y cuando los ojos ensimismados se quitan la venda y miran el abismo que amenaza tragarse los mundos, brota a raudales el llanto y el dolor se apodera de las almas, que se acurrucan amedrentadas y contritas, tal vez arrepentidas de su perversidad, comprendiendo hasta entonces la poquita cosa que es la vida y lo mucho que se la quiere. Algo así pensarían aquellos protervos que pugnaban por librarse de una muerte segura, y no podían sostenerse sobre sus miembros entorpecidos por el alcohol y por el miedo. Ellos que fueron tan valientes para mandar a asesinar mujeres indefensas, y ciudadanos honrados, ¿por qué temblaban ahora? ¿Dónde estaban sus amigos que no venían a salvarlos? La tierra enloquecida parecía que ejecutara una danza macabra. El Cielo lloraba y nos inundaba de lágrimas, que helaban la sangre en nuestras venas. Las carnes se estremecían al influjo de los nervios excitados por el terror. Cada ser humano era una piltrafa de la airada Naturaleza.

¡Qué horrible noche aquella! ¡Que larga y qué angustiosa.

Las horas parecían siglos. El dolor tiene el privilegio de la inmensidad. Muy pocos pudimos escaparnos, por estar nuestras casas en los suburbios, casi en el campo y corrimos a unas alturas opuestas al monstruo plutónico, que ya creíamos culpable de aquella tragedia sublime. Con tal motivo, pudimos contemplar, como Escipión, la ruina de esta moderna Cartago.

Antes de que el sol mostrara su disco de fuego en las lobreguezes de aquel Oriente, se elevaron en sentido opuesto llamas gigantescas que parecían querer incendiar al cielo; y con marcada intermitencia, se oían detonaciones espantosas, como las que hubiera causado la explosión del polvorín de un cuartel. Después..... un río de fuego se desbordó del cráter del volcán y con ímpetu salvaje y arrollador corría hacia la ciudad y cubrió con sus candentes lavas aquel lugar de ignominias, calcinando los cuerpos de las víctimas de ahora y los victimarios de ayer.

Un centinela que vió desde su garitón antes que nadie la inundación de fuego, olvidó su consigna y huyó despavorido. No sabía Historia, pero si la hubiese sabido tampoco hubiera imitado a su colega de Pompeya, cuyos restos descubrieron los sabios germanos, en sus pacientes excavaciones sobre el páramo que cubrió durante siglos aquella ciudad romana. Así pereció aquel pueblo dejado de la mano de Dios. El castigo fué horrible, pero ejemplar. A grandes males grandes remedios. El que se eleva muy alto sin tener alas, sufre una caída atroz.

## Epílogo

Con el capítulo anterior dió fin la interesante narración del manuscrito amarillento y empolvado que encontré en mi viejo armario, y aquí empiezan las reflexiones que su lectura sugirió a mi alma tan angustiada siempre por las desgracias de la tierruca que me vió nacer.

Empiezo por declarar que no creo en la realidad de los hechos descritos por el autor anónimo; pues se me hace cuesta arriba, como se dice vulgarmente, creer que haya habido en el más apartado rincón del mundo, un país, en el cual los salvajes hayan mandado y los civilizados obedecido ciegamente y sufrido los ultrajes más abominables, sin que se les calentaran los cascos y dieran al diablo con la tiranía. Me parece que el autor quiso tomar el pelo a sus fortuitos y lejanos lectores, sabiendo que si alguien lo tachase de impostor nada le importaría, pues sus manes no podrían oírlo, y si en el otro mundo los espíritus se dieran cuenta de lo que en la tierra se dice de ellos, a buen seguro que se

divertiría bastante con los desatinos e impropiedades que le endilgaron sus futuros adversarios. Es probable que tal escrito sea un ensayo de novela histórica, nacida y confeccionada en algunos días de mal humor, a causa de algún vejamen o atropello que las autoridades infirieran a su autor. Con todo, yo juzgo de importancia el durísimo relato, por aquello de vivir nosotros en un país casi adolescente, propenso a grandes desviaciones políticas y morales, y aunque no creo que haya en mi país hombres tan perversos y faltos de patriotismo como los de ese país desconocido y tal vez ficticio, es conveniente fijar la atención en la posibilidad de esos sucesos desastrosos, para estar alerta y evitar a tiempo cualquier desgracia; porque cuando en un país, por rico que sea, se llega a entronizar la Tiranía, como ha sucedido en Venezuela, con Castro y Gómez, es muy difícil y muy doloroso para el pueblo oprimido, la reivindicación de sus derechos conculcados. Los males se encadenan entre sí y estrangulan entre sus anillos de hierro las más justas aspiraciones y los anhelos más patrióticos. Cuando la tercera parte de un pueblo, fuertemente ligada por la complicidad y por el crimen, se mantiene armada hasta los dientes contra las otras dos terceras partes inermes y pacíficas, ¿qué pueden hacer estos últimos para salvarse ellos de la opresión y a los demás de la ignominia, de la cual no quieren salir?

Gosa rara: al mismo tiempo, o más bien, después que leí el manuscrito de referencia, leí por segunda vez, la primera serie de los Episodios Nacionales del Insigne don Benito Pérez Galdós, y me puse a pensar que el pueblo que sufrió tantas humillaciones y tantos brutales ultrajes con pasividad de cordero, no debe de haber llevado en sus venas ni una sola gota de sangre española, de aquella generosa sangre que hervía con ardor patriótico, ya contra la tiranía y desgobierno de un Ministro improvisado a favor de las intrigas mujerieles y casi omnipotente como don Manuel Godoy, que fué el amo y señor de España en el reinado de Carlos IV, ya contra la invasión de las Águilas Napoleónicas, llegando el pueblo español hasta la sublimidad en la heroica resistencia de Zaragoza.

El caso del *Gran Capitán*, como dice don Benito que llamaban a un viejo portero de oficina, que cree que su deber es no rendirse ante el inmenso poderío de Napoleón, (1) aún después de la capitulación de Madrid, y que continúa él solo disparando su fusil hasta agotar el último cartucho y después se convierte en ceniza, en medio de su parapeto incendiado por él mismo, eso es bellísimo. Y para aquellas mujeres que defendieron su libertad amenazada con el fusil, el puñal y el garrote, las uñas y los dientes, hasta que cayeron acribilladas por las balas enemigas, toda alabanza es pálida y no hay palabras en ningún idioma para expresar esa transfiguración del alma femenina, de suyo

(1) Sandino ante el Tío Sam.

quieta y apacible, en fiera y terrible como la de una leona a quien se la quiera arrebatar sus cachorros.

Quando un pueblo sufre impasible el ultraje de ver asesinar a la mujer, que es madre, esposa o hija, y no se convierte en fiera y con piedras y garrotes se apodera de los primeros fusiles y con éstos de los cañones y los cuarteles, y después castiga a los victimarios, ese pueblo está envilecido o está dejado de la mano de Dios, como reza la leyenda que el autor anónimo puso por título a su referida obra.

Se ha dicho muchas veces que los pueblos tienen el Gobierno que merecen, y yo creo que esta es una gran verdad, porque ante el patriotismo enardecido y sublimizado por el heroísmo, no hay imposibles. Basta registrar la páginas de la Historia para encontrar a cada paso, hechos que demuestran el gran poder de las masas cuando las anima un fuego divino: el amor a la Patria y a sus libertades.

Pero en todo lo que el autor refiere se transparenta la influencia corruptora de los vicios, tan hábilmente llevada a cabo en un pobre pueblo, y ésto no es cosa nueva, pues en todas partes del mundo se ha puesto en práctica con el éxito esperado. José María Pereda, en su Don Gonzalo González de la Gonzalera, nos describe admirablemente esa influencia, bajo cuya poderosa fuerza se arrastran los hombres y los pueblos, con escarnio y villipendio, al abismo de su ruina total.

Pero como no hay mal que dure cien años n cuerpo que lo resista, según reza el adagio, es de su-

poner que si Dios no hubiera destruido aquella ciudad maldita, permitiendo que las fuerzas ciegas de la Naturaleza verificaran lo que los hombres no habían logrado hacer aún, día hubiera llegado en el cual se vieran cosas que el historiador escribiera con letras de oro, para desagravio de la Justicia y el Derecho, tan torpemente escarnecidos y burlados.

Los pueblos que en el curso de su evolución política y social han sufrido mucho, son después los mejores guardianes de sus libertades. Como que fuera preciso purificar las almas en el crisol de todos los padecimientos para apartar la escoria de las malas costumbres y sacar reluciente el oro de los más subidos quilates, con el cual se consigue la felicidad colectiva, ya que tal vez no la individual, que sería mucho pedir.

Ojalá que en nuestro amado país no siente sus reales el absolutismo y la depravación, como norma de conducta de los hombres del Poder, pues esa sería la mayor de todas las desgracias que sufriría este pueblo abnegado y laborioso, amante como el que más de sus libertades públicas e individuales, como mil veces lo ha demostrado en un siglo de independencia o de vida nacional autónoma.

Contra un Gobierno despótico la insurrección es un derecho sagrado de los pueblos, garantizado por nuestra misma Carta Fundamental, y el Ejército es el primero, que sin faltar a su dignidad y decoro, antes bien enalteciéndolos, debiera acuerpar al pueblo que proclama

la libertad, la justicia y el derecho, porque el Ejército ha jurado ser fiel defensor de la Patria, pero no sostenedor de las tiranías.

No quiero decir con eso que los cuarteles quiten y pongan Gobernantes a su antojo, porque eso sería abominable; pero que protejan al pueblo contra la odiosa e insufrible tiranía de cualquier cacique vulgar, es otra cosa muy distinta, que no deshonra sino que enaltece y dignifica.

Entre tanto el militarismo no se penetre bien de su misión, los pueblos no prosperarán.

Esta obra se escribió en enero de 1925, en la soledad nocturna de una finca de café y se publica ahora sin un solo retoque, tal como saliera de la mente del autor, impresionada fuertemente por acontecimientos crueles y desastrosos.

Cualquier ataque que se haga al que la escribió, contestado queda en la misma obra, y, por consiguiente, no entraremos en polémicas con nadie. Pueden decir lo que quieran.

# Fragmentos

de algunos juicios críticos sobre  
dos de las obras publicadas

por el

Dr. Quijano Hernández



## Juicios sobre «Hojas Dispersas»

### Un Folklorista Centro Americano

En su nuevo libro «Hojas Dispersas» el Dr. Manuel Quijano Hernández afirma el prestigio de que goza en Centro América por su discreta sinceridad y su penetrante observación de tópicos pegados al corazón anónimo. Y como se dedica a la tarea de repartir la salud a manos llenas, su ojo clínico no se aparta ni un momento de la angustia humana, de todo lo que puede darle pretexto para escribir páginas ondulantes y vividas. Son diversos los temas que ha compilado: nos gustan más aquellos que se refieren a los asuntos folklóricos de su país, tales como «Un matrimonio entre indígenas» y «La Casita del Mandador». Estas aptitudes delicadas de observación y de síntesis ya las había revelado el Dr. Quijano Hernández en revistas de allá y es de esperarse que las obras que tiene en preparación, «Tiempos Viejos» y «El Indio Juan», sean las que primero nos regale para sorpresa y regocijo.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

(De «El Universal Ilustrado» México).

## El doctor Manuel Quijano Hernández

Leyendo su libro «Hojas Dispersas»

Es autor de este interesante y bello libro, nuestro querido compatriota, el Dr. D. Manuel Quijano Hernández.

«Hojas Dispersas», paréceme título similar de las hojas que el huracán arranca del árbol de la naturaleza, para ir a fecundar el terreno donde los gérmenes de vida exuberan en la fecunda cosmogonía del planeta.

Para mí, en esas páginas formando hoy un haz de verdura que rejuvenece el espíritu, en el orden eternal del progreso, son como los rayos de luz zodiacal que alumbran y reviven la existencia en la dilatada sucesión de todos los seres creados.

Nota simpática, de singular privilegio, esa forma abnegada de ser patriota, es la de enseñar, la de humanizar la ciencia y vincular así la obra del hombre al amor a la patria, cual el más noble anhelo, de tejer, con rasgos de oro, el brocado del discurso, ofrenda, si cabe, la más elevada para el imperial manto de esa patria.

Y reconozcámoslo, es virtud generosa, arduo y tenaz ha sido el empeño del Dr. Quijano H. de infundir en el pueblo la savia de su inteligencia, abarcando en los temas desarrollados en su libro, obra trascendental que discierne y criba todos los granos de oro del saber; y cual generoso distribuidor de preseas, los va engar-

zando en la conciencia popular. Así, el libro del Dr. Quijano ha despertado la simpatía y provocado el aplauso de una obra útil, cristiana práctica y amable por el feliz desarrollo y forma castiza en que está escrita.

.....

.....

.....

D. J. GUZMÁN

\* \*  
\*

El joven escritor salvadoreño doctor Manuel Quijano Hernández ha reunido artículos de índole varia, que vivieron la vida fugaz del periódico, y los ha bautizado así: «*Hojas Dispersas*». Contiene el libro la serie de impresiones que van pasando en el vértigo del periodismo y que se consignan a vuela pluma: lo mismo la nota social que la necrológica, lo mismo el relato de un día de campo que la indicación gramatical o literaria, lo mismo la fugaz filosofía que la acotación epistolar o sobre instrucción pública.

Reunidas las producciones que fueron del momento, se salvan del olvido.

«Un libro es un ser vivo, como pleonásticamente dice Joaquín Soto en su *Esbozo Liminar*; un ser vivo que tiene su psicología palpitante, el espíritu mismo del autor, cuando éste ha logrado oír entre su propio silencio, la voz que le fluye del corazón. Primordial virtud del escritor, la sinceridad, es el eje diamantino

sobre el cual se trama la inconsútil tela de la emoción y la verdad».

Quijano Hernández se muestra demasiado sincero, hasta cuando abusa del superlativo. Por esto, en su notable artículo *La Verdad y la Honradez en la Literatura* abunda en severos conceptos de hondo criterio, sobre todo al tratar de la misión del crítico y de la vasta preparación que requiere. «El que no tiene un propósito firme, tenacidad y perseverancia, ni ha podido leer más que algunos cuantos libros de versos y otras tantas novelas olientes a opio, lo mismo que algunas revistas de actualidad y no conoce más que por citas los clásicos antiguos y modernos, no está capacitado para ejercer la crítica, y, si lo hace, es que se siente obsecado por la envidia, que es el cáncer que roe el alma de muchos intelectuales».

Sociedades de bombo-mutuo, incensario en mano, se aplauden, conjugando el verbo recíproco de alabarse y ser alabados. Los que no pertenecen a los estrechos grupos y asociaciones no tienen ni el derecho de pensar. La conspiración del silencio cae, como eterna sombra sobre ellos. ¡Y así cada crítica hiperbólica hace temblar al misterio! Los clásicos nada valen: únicamente los del cenáculo de loas son dignos de admiración. Las herejías literarias llueven: Campoamor, Núñez de Arce son unos pobres diablos ante los versos vacuos y enigmáticos de los explotadores de la rareza y el escándalo. Estudiar, estudiar siempre, con la sólida base de la erudición, forman al crítico. Merece

fuerte apretón de manos el doctor Quijano Hernández cuando agrega, con íntimo convencimiento: «Pero, así como creo que nadie debe de criticar sin la suficiente preparación, tampoco opino que se deje impunemente al que se le antoje escribir disparates, desprovistos de sentido común y en abierta oposición con las leyes de la Gramática».

Sale por los fueros del idioma, valentía apreciable en estos tiempos en que tanto desprecio se muestra por los asuntos gramaticales.

Nombres conocidos centroamericanos hemos hallado en el ameno libro: además del Maestro Gavidia, el respetable amigo doctor David J. Guzmán, figura educadora, hombre de virtudes, ciencias y letras que tanto ha trabajado por el progreso de su patria. A sus méritos, reúne el de la recitación maravillosa: «¿Qué intensos y dulces son los goces que experimenta el alma al sentirse acariciada por la divina eufonía del habla castellana en un trozo de buena literatura! ¡Qué mágico poder el de la palabra armoniosa, de la bella expresión del pensamiento! ¡Qué delectación tan plena de encantos se apodera del espíritu sensible al misterioso reclamo de la belleza del concepto expresado con impecable verbal!» Dicen que el escritor y periodista Román Mayorga Rivas declama también magistralmente.

Fluyen sabias enseñanzas de las breves frases que dedica Quijano Hernández a la obra del verdadero maestro, modelador de las almas infantiles.

Vayan estas rápidas líneas, fruto de la lectura de

«Hojas Dispersas», al corazón del juvenil autor que se duele de la Gramática, de la crítica y de muchos horrores y lacerías sociales.

ÁLEJANDRO ANDRADE GOELLO.

(Tomado de «El Comercio», de Quito).

\* \*  
\*

Entre los más conspicuos escritores de El Salvador, figura don Manuel Quijano Hernández, que se preocupa por descubrir, con verdadero y hondo cariño los problemas de su patria. En la poesía rebosa inspiración y en la prosa corre alígera su pluma cortada por la sencillez y el buen sentido. Tengo sobre mi mesa el libro «Hojas Dispersas» que contiene varias interesantes narraciones, discursos elegiacos, una conferencia sobre «La Paz es un Mito» y artículos acerca de temas sociológicos, educativos y gramaticales. Conocía ya por referencia de mi buen amigo y distinguido hispanista don José Romo, la meritoria labor del doctor Quijano Hernández, pero ahora he tenido oportunidad de avalorar lo original de sus composiciones, su poderosa intuición para desentrañar las cuestiones sociales y su fantasía creadora. Tiene cultura literaria y filosófica y por eso la notoriedad de que goza en Centro América es justa. Pocas veces he visto expresar pensamientos y sentimientos con tan absoluta sinceridad como en su estudio titulado «La Instrucción Pública». El señor Quijano Hernández es un servidor de los más altos ideales, y para corroborarlo vaya esta idea tomada al azar de su li-

bro dicho: «El hombre que sabe trabajar ennoblece sus sentimientos y temple su carácter, se siente hombre y no busca a cada paso el apoyo de los demás».

Deploro mi falta de conocimiento de los asuntos salvadoreños, pues bien quisiera decir algo más en estos renglones cortos de la trascendencia nacional de la obra de este meritísimo escritor. Vaya sin embargo a él nuestra opinión estimulante, para que siga amando la pureza del agua escapada de la clepsidra dorada de la verdad.

.....

.....

.....

LIC. LUIS GARRIDO.

(Tomado de «Michoacán Comercial», de México).

\* \*  
\*

Al doctor Quijano Hernández, aunque se me moteje de atrevido, lo conceptúo como un poeta nacional que ha logrado encerrar en la obra de su espíritu el espíritu de su pueblo. Hojeando *Hojas Dispersas*, recorriendo cualquiera de las 286 páginas que forman el bello libro, se encuentra descrito un paisaje salvadoreño, un rasgo de las gentes salvadoreñas, el análisis de una enfermedad propia de nuestro clima o el estudio de una costumbre salvadoreña de antiguo arraigada, y que no ha podido extinguir la ola avasalladora de la moderna cultura. Se dijera que en manos de Quijano Hernández la pluma se torna en pincel para copiar la tierra y el alma salvadoreñas, o en escarpelo para analizar una de sus enfermedades, física o moral.

No se le puede pedir más a quien convive en cuerpo y en espíritu con su propio pueblo. Y no es necesario describir la obra de este escritor salvadoreño en largo comentario, pues una sola frase puede contener su labor, el destello de su espíritu y sus anhelos de grandeza propia y la de su propio país: Quijano Hernández es poeta de El Salvador, para El Salvador.

ANTONIO OCHOA ALCÁNTARA.

\*  
\*\*

Tengo sobre mi mesa, «Hojas Dispersas», precioso volumen de 186 páginas, nítidamente impreso, debido a la pluma brillante del notable escritor e inspirado poeta, doctor Manuel Quijano Hernández, prestigio de nuestras letras.

Yo he leído siempre con positivo deleite, las admirables producciones de este privilegiado del numen fecundo, conceptuando a sus obras como un exquisito regalo espiritual.

Quijano Hernández es un colorista que sabe de los delicados matices de la lírica honda, que llega al corazón transformada en sentimiento, al cerebro transformada en idea triunfante.

Sus páginas más bellas, las ha arrancado de la naturaleza y de la vida.

Poeta sensitivo y escritor atildado, sabe de la forma modelando sus monumentos líricos con la divina magia de los orfebreristas.

.....  
.....  
.....

GUSTAVO SOLANO.

(Del «Diario del Salvador»).

«Un hombre que oculta lo que piensa no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado». Estas palabras sirven de apotegma al enjundioso artículo «Sobre instrucción pública», el mejor a mi juicio entre los buenos que forman el libro «Hojas Dispersas» del Dr. Manuel Quijano Hernández.

Leído el libro, llega uno a convencerse de que aquellas palabras aceradas de José Martí, no han sido copiadas para adorno de sus páginas, sino para reflejar la modalidad ética de su autor. El doctor Quijano Hernández es un publicista combativo; desdeña el eufemismo, prefiere el párrafo claro, sencillo, que por momentos pasa a transformarse en estocada. Su palabra es buena, evangélica, estimuladora de nobles ideas y a veces también incisiva, aguda, penetrante.

Como médico, su profesión, ha podido observar de cerca las miserias orgánicas y morales que azotan al pueblo.

Como educador, cree en la influencia reformadora de la escuela, de la enseñanza. Por eso dice: «Hay que convencerse que el milagro que esperamos ha mucho tiempo, de esa democracia impoluta, que hará la felicidad de estos pueblos, saldrá de la escuela y solamente de la escuela». Pero es claro, de la escuela que él bosqueja, de la que él desearía para su patria y que sirviese para destruir los vicios que han echado raíces en la de muchos días.

«Hojas Dispersas» es un conjunto de artículos que llevan al pie fecha distinta, los cuales más parecen tra-

bajos periodísticos que capítulos de un libro. Esto no le quita el mérito que tiene. Lo que debe objetársele es haber reunido en este libro, trabajos de opuestos fines, como lo es el artículo doctrinal, erudito, didáctico y el meramente literario o descriptivo.

El libro «Hojas Dispersas» coloca a su autor entre los de América de mayor vuelo ideológico.—J. FORGIONE.

(Nueva Revista de Buenos Aires).

\*  
\* \*

Cuando me fue presentado este libro para que escribiese la nota bibliográfica, no pude evitar un gesto de repugnancia, pues creí encontrarme con uno de tantos escritorzueros como abundan en este siglo de verdadera decadencia literaria y moral. En aquellos bienhadados tiempos en que imperaban el buen gusto y el sentido común, eran muy pocos los valientes que se lanzaban al público palenque literario; pues no bien salían a la arena hallábanse frente a frente de aquellos maestros, terror de los caballeros de la pluma, los cuales esgrimiendo el afilado escalpelo de la más inmesericorde crítica ponían en vergonzosa derrota a los saltimbanquis y faranduleros, y daban tan solo al verdadero mérito el pasaporte para arribar al puerto de la fama. Pero hoy, Dios Santo, con cuánta desfachatez sale a lucir sus abigarrados arrapiezos literarios aquella turba de escritorcitos casi analfabetos que se inciensan con el pomposo título de «*intelectuales*».

Por eso, hoy que hemos tenido la grata satisfac-

ción de leer el libro que con el modesto título de «*Hojas dispersas*» ha dado a la publicidad el erudito médico Dr. Manuel Quijano Hernández, en San Salvador, su país natal. y que ha tenido la gentileza de enviar a nuestra Redacción, no podemos negarle nuestra modesta voz de aliento a la vez que le felicitamos por su notable labor de cultura social.

«*Hojas Dispersas*» está escrito con corrección y buen gusto; forman el libro varios artículos destinados unos a corregir, otros a deleitar; pero en todos ellos se trasluce el alma del poeta enamorado de la verdad y de la belleza y que anhela ver a su Patria en las cumbres del verdadero progreso; señala el sendero que debe seguir el hombre de bien, critica con mucho acierto varios defectos sociales y ensalza las virtudes de los que descendieron a la tumba luego de haber pasado por la vida predicando sabias doctrinas y dando ejemplo de verdadero patriotismo y amor a la humanidad. Llevado de su espíritu de caridad llega a sostener que la pena de muerte es un asesinato.

Este es un punto que no podemos rebatirlo dada la índole de estas notas, y, aunque el tema es demasiado viejo, nos proponemos dilucidarlo en el próximo número de esta revista. En todo lo demás estamos conformes con el erudito autor de «*Hojas Dispersas*» y pedimos siga adelante en su patriótica labor de educar al pueblo, pues, si plumas como la del Dr. Quijano Hernández no forman un poderoso dique para resistir

al ímpetu de los huracanados vientos que se arremolinan en el horizonte americano, muy en breve tendremos que llorar sobre los escombros de nuestras patrias que serán arrolladas por las candentes olas que se nos vienen encima desde los antros de la vieja Europa ulcerada y carcomida por el cáncer de su civilización atea.

ALVAR FAÑEZ.

(De la Revista «Dios y Patria», Riobamba, Ecuador.

\*  
\* \*

Nítidamente impreso en los talleres editoriales de «La Prensa» recibióse el último libro del doctor Manuel Quijano Hernández. Su título: «Hojas Dispersas». Su factura ideológica: nobleza en las tendencias, altura en la concepción ética y una recóndita fuente de sincero sentimentalismo. Las pautas literarias creémoslas encontrar más en un eclecticismo prudente, hijo del estudio y de un auténtico temperamento artístico, que en los senderos clásicos, camisas de fuerza entre nosotros por la inadecuada preparación inicial. Tampoco el decadentismo corre en las páginas, plenas de sentido común justeza en las luces y sombras de cada tema, en la armonía sobria de la prosa, tan lejos de aquella de bombo y platillos con detonaciones de morteros al final de cada período, como de la otra, hecha de puntos suspensivos, de gimnásticas verbales, que siguen tardíamente, tal vez de manera vergonzante las formas caprichosas vargasvillianas.

En este libro ha reunido el Dr. Quijano Hernández su labor dispersa en diversas publicaciones. Hay una variedad de temas que denuncia al hombre de estudio, al patriota que se preocupa por las pequeñeces que, paradójicamente, entran como aliación fundamental en la constitución del alma de toda nacionalidad. Tal vez muchos de esos temas pudieron, con algo de más esfuerzo, transformarse en verdaderos ensayos, tal como se estilan en Francia e Inglaterra y principian ya a verse en Hispano-América. Los de Rodó, Francisco García Calderón e Ingenieros, damos por caso.

Entre lo mucho serio, de tendencia sociológica y psicológica, hay algunos juguetes puramente literarios. Son desahogos del escritor, son estados de alma, rosas de sentimiento arrojadas displicentemente a la corriente impetuosa de la vida que pasa. En todas las páginas, aún en esas mismas en que el temblor neurótico de la emoción que se esfuma, de la forma vaga que flota en el ambiente del minuto sentimental, la manera muy personal del autor se denuncia franca, honradamente, con la espontaneidad de lo que brota de dentro, como manantial de agua de la montaña sin el artificio de literaturas de última hora ni las extravagancias filosóficas, pescadas aquí y allá en libros revolucionarios.

Es pues, la obra del doctor Quijano Hernández digna de figurar en cualquier hogar salvadoreño, porque hecha está para ser leída, comprendida y sentida por espíritus salvadoreños. En cada frase se percibe el

perfume de esta tierra, en cada metáfora el fulgor de este sol y en la orientación doctrinaria de todo su contenido flota una niebla agradable, acariciante de entrañable amor a la patria.

Al rendir las gracias al doctor Quijano Hernández por el envío de su libro y por las frases cariñosas que lo acompañan, felicitámosle por su esfuerzo y augurámosle un hermoso éxito a sus «Hojas Dispersas», que bien pueden simbolizar un ramillete de fragantes flores colocado entre los pliegues de la bandera nacional.

FRANCISCO R. BALDOVINOS.

## En la Montaña o El Alma del Indio

Hemos recibido con atenta dedicataria que agradecemos, el último libro publicado por el doctor Manuel Quijano Hernández cuyo solo título «En la Montaña o El Alma del Indio» nos movió a hojearlo y después a una lectura más cariñosa y atenta. La personalidad del doctor Quijano Hernández surge ya bien delineada en el grupo de nuestros valores literarios. Su labor ha sido amplia y diversa con la amplitud y diversidad de preparación que sólo se produce en los temperamentos intelectuales curiosos, atraídos por ese horizonte de arcanidad que se impone sobre todas las realidades. Así en revistas y periódicos hemos apreciado, unas veces, al hombre de ciencia, que se aplica al comentario del hecho científico; otras, al espíritu observador, que no deja pasar un sólo signo o una sola manifestación de vida humana, sin rendirse al afán de buscarle una interpretación. Pero, en ciertos momentos de su vida, el doctor Quijano Hernández, se nos manifiesta como un contemplativo, en los ocios reparadores, propicios al meditar, al «dulce metafisiqueo» de Nervo.

Su obra de ahora es la expresión de uno de esos instantes de reposo mental. Lejos de la ciudad, la «maldita ciudad» de Leopardi, siempre desnuda y tentadora fué ella vivida. Y sobre los turbios senos de las luchas de los hombres, en la cumbre de una montaña, ante las perspectivas de las lejanías que lloran ausentes o sonríen ante los retoños... Sobre todo, es una obra cordial, con esa cordialidad expansiva, sin reticencias, que se agudiza hasta la ternura. LEYENDOLA NO HE SENTIDO EL ALEJAMIENTO DE MIS LIBRITOS FAVORITOS. Todo lo que se escribe se habla o se canta, me interesa, y gusto de escuchar, limpia la mente de todo criticismo, las voces que dejan escapar las almas y las cosas. Es muy del siglo aspirar a esa tolerancia de penetración que mantiene sus ojos abiertos y sus oídos atentos a todos los rumores del universo. Y es que no hay latido humano ni mínimo temblor de cosmicidad que no entrañe algo que merezca nuestra atención. Y en esas visiones de «En la Montaña o El Alma del Indio» palpita el soplo de paisajes y sucesos de la tierra en que nos ha tocado disfrutar de nuestra porción de sol. Realza el mérito en ella cierto altruismo que todos habremos de sentir ante ciertos destinos humildes y anónimos, petrificados en la obscuridad de una insignificancia que muerde las fibras de la compasión.

«En las varias temporadas que he pasado en mi pequeña propiedad de Oriente, dice el doctor Quijano Hernández en la primera página, en comunión constante con campesinos de ambos sexos, me ha sido posible

observar y estudiar sus costumbres y palpar sus necesidades, las cuales he procurado aliviar en la medida de mis posibilidades. He penetrado en su alma y sondeado sus misterios. Me he confundido con ellos para apreciarlos mejor. Los he interrogado y sus ingenuas respuestas, tamizadas en mi cerebro, las trasmito a mis lectores en su propio lenguaje (el del campesino) y sin apartarme mucho del fondo de la verdad que encierran. Anhele para ese pueblo, trabajador, incansable, el advenimiento de una era de justicia y de equidad; porque tal como se le trata ahora, es un conjunto de acémilas que llevan más carga de la que pueden soportar, y de ahí que se les vea siempre agobiados por el duro batallar de la vida. Desde que nacen hasta que mueren recorren inmisericordes una sola e interminable vía dolorosa».

Hay en todo eso una verdad ruda y punzante, las vidas dedicadas a los rigores de faenas implacables, en nuestros campos, con las mentes ajenas a la significación de otras maneras de vivir, todavía sujetas a crueldades embrutecedoras no pueden menos de compungir, despertando el piadoso anhelo de una existencia menos inhumana para ellos. Y el autor de la obra, a que dedicamos este breve comentario, lo ha experimentado. Son páginas estas, dentro de su sencillez, escritas para el futuro. Vendrá la hora de los virajes necesarios en nuestra historia, y entonces estos anticipos en el correr de las ideas y de los tiempos serán como los signos que revelaran al historiador del porve-

nir las rutas recorridas por una multitud de hombres que no pudo o no supo extraer de su voluntad el impulso generoso de su propia redención. Literariamente, «En la Montaña o El Alma del Indio» pertenece a ese género de obras que se han inspirado más en las fuentes del sentimiento que en las especulaciones regidas por preceptivas o ideas que despojan al pensamiento de su original veracidad.

Se transparenta que su autor no persigue, al publicarle, uno de esos exhibicionismos de publicidad tan baratos en estos tiempos. Por su visión personal, tiene que ser leída con interés por todos los que hallan deleite en sentir la vida que les rodea a través de las almas que puedan expresarla con el desinterés más íntimo de su pensamiento.

J. VALDÉS.

\*  
\*\*

San Salvador, 3 de junio de 1930.

Señor doctor don Manuel Quijano Hernández.—  
Ciudad.

Mi querido doctor:

Todavía, en el momento en que estas líneas escribo, me siento embargado por la impresión gratísima que me produjo la lectura de su último libro publicado: «EN LA MONTAÑA o EL ALMA DEL INDIO».

Con el alma en los ojos lo leí, (postergando sin ceremonia a Avellaneda, con cuyo malhadado *Quijote* andaba a cuentas cuando me llegó). Con el alma en los

ojos, si, porque a través de esas páginas bellamente delineadas, lo he seguido a usted, sintiéndome poseído por una emoción cada vez más honda, en su misericordiosa peregrinación por el doloroso campo de abrojos y cardos que es el alma de nuestros indios, desposeídos en su propio suelo, extranjeros en su misma patria, explotados, vilipendiados, humillados por los mismos que viven a expensas de su sudor y de su sangre.

Muchos son los que tienen por fuerza que vivir en más o menos íntimo contacto con los pobres indios; pero esta intimidad, es la misma que existe entre el arriero y la recua. Nadie vela por sus necesidades. A nadie se le da un ardite que el infeliz reviente un día de tantos, como una bestia demasiado cargada.

¡Qué! ¿Acaso no se les paga cuatro reales por tarea? ¿Por ventura no viven hartos de frijoles parados y tortilla con sal? ¡Que trabajen, pues! Y si la suerte quiere que el mejor día, agotados, entre un chapodo y una peña den la última boqueada..... peor para ellos! Mas no ha de ser cosa de malgastar el dinero, tan difícil de adquirir, disponiendo que se les enseñe a leer y regalándoles de vez en cuando aceite de quenopodio o sulfato de quinina.

Esa ideología es moneda corriente, por desgracia. Muy pocos son los que no toman a desdoro interesarse por los miserables; poquísimos los que se dignan penetrar bajo el pajizo rancho y allí, ocupando el sitio de honor—el taburete de correas—conversar con sus habitantes, saber de sus necesidades, alentar sus ensueños,

dirigir una palabra amable a los rapaces, barrigones a fuerza de lombrices.....

Sí, muy pocos... y menos aun los que, como usted, se toman el trabajo de escribir un libro en defensa de los humildes hijos de la tierra.

¡Ahí es nada, escribir un libro! Y escribirlo a sabiendas de que el noble empeño que lo inspiraba, había de resultar infructuoso. Porque usted, mi querido amigo, cuando se echó a cuestras su ímproba tarea, sabía que estaba arando en el mar. Y el eco negativo que su obra encontrará en el alma de los terratenientes, no será, en manera alguna, un desengaño para usted.

Y sin embargo, ahí están esas páginas, ingenuas, amables, generosas, como tenían que ser, viniendo de un hombre bueno. Ahí está ese libro, representativo de innumerables vigiliias y trabajos sin cuento!

¡Ah, doctor! No en balde lleva usted el ilustre apellido del Caballero de la Triste Figura...

Y ante ese hermoso quijotismo suyo, no puedo menos de inclinarme, rindiéndole el tributo de mi admiración sincera.

¿He hablado de arar en el mar? Rectifico: verdad es que los resultados prácticos de su libro serán nulos, porque el indio siempre ha de llevar su cruz a cuestras, y acaso, el camino del Calvario sea cada vez más abrupto y espinoso.

Pero en el terreno de las letras, el triunfo alcanzado es completo. Su obra, fina, sobria, pulcra, merece por todos conceptos el más cálido elogio. Recíbalo de mi parte con un fuerte apretón de manos.

Leer EN LA MONTAÑA, es como haber vivido con los indios de Oriente: Con tanta fidelidad los retrata cada una de sus páginas. Cada capítulo es un cuadro acabado que nos hace palpar sus alegrías o sus duelos, sus trabajos o sus ocios, su vida política, sus deportes y supersticiones; en una palabra, todos los aspectos de su vida trágica, llena de resignaciones que valen heroísmos, y de tímidos anhelos inconfesados que nunca habrán de tener cumplida realización.

Es su libro un ramillete folkloral de gran mérito, por los asuntos que trata y por el estilo con que lo desarrolla. Su prosa, llana y sencilla, ya que era de rigor que se adaptara lógicamente a la naturaleza del tema, se me antoja compararla a una fuente rumorosa que se deslizara sosegadamente sin otras galas que las que Natura quiso darle, que jamás pudo igualar la industria humana. Las tazas de mármol cincelado, los artificiosos surtidores, los grifos de bronce, allá armonizan a maravilla en los parques de arriates geométricos y calles tiradas a cordel; y la fuente que hizo brotar la mano de Dios, mejor se está reflejando frondas milenarias y arrastrando arenillas de oro. ¿Para qué más galas?

¡Ah, sí! Escudriñando en el fondo, puede que encontremos algún diamante que sea como un milagro de cristalina pureza, o bien alguna perla inapreciable de graciosa y delicada luminosidad, tal como en su libro

son los capítulos que tratan del Maestro Quijano y la amante compañera de sus días: un hombre como un roble y una mujer como una rosa...

Créase siempre su amigo de corazón

ALBERTO RIVAS BONILLA.

\*  
\*\*

.....  
.....  
.....

El libro está dividido en tres partes. Describe en la primera, la vida del campesino indígena, que aún no ha logrado libertarse de tantos prejuicios y supersticiones y que sigue siendo la bestia de carga que riega con el sudor de su frente las campiñas, sin que los ricos terratenientes le tomen en cuenta sus sacrificios, ni que haya para él una pizca de gratitud.

El alma de indio, alma lacerada y triste, que como dice el escritor, «recorre inmesericorde una sola e interminable vía dolorosa» y para quien reclama piedad. El campesino suele vivir en el olvido. Para él no existen otras alegrías más que las que le proporciona su mezquino medio. No ha sido sino hasta hace muy poco tiempo que ha empezado a procurarse su bien, haciendo que llegue hasta él un rayo de luz que contribuya a su redención...

Canta en su libro, por otra parte, el Dr. Quijano los encantos que ofrece la vida del campo, en donde el alma alejada de todas las pasiones se siente cobijada

entre las mallas de un piadoso olvido, inundada durante la noche por la intensa claridad de los plenilunios...

La segunda parte del libro, contiene interesantes apuntes históricos de la ciudad de Sesori, donde se deslizaron los primeros años de la vida del autor. Hace con sencilla galanura la narración de varios sucesos que son muy poco conocidos. Copia cuadros de la vida pueblerina, con detalles precisos y mostrándolos de modo real.

En la tercera parte, nos habla de su stirpe. Nos da a conocer quienes fueron sus ascendientes, cosa que hace con sinceridad, tributando merecido homenaje a los que fueron sus honrados progenitores.

Existe en esa parte de la obra un capítulo lindísimo, que es como un canto elegíaco. Es el grito del alma de un hijo que sabe sentir honda veneración por su madre, cuya voz le pareciera que llegara a sus oídos desde más allá del sepulcro...

El Dr. Quijano Hernández, escritor y poeta, es de aquellos que consagran las potencias de su espíritu en favor de su patria, y así sus obras siempre llevan en mira una gran finalidad.

Este libro suyo es un libro digno de figurar en las bibliotecas y de que vaya a los centros escolares, pues contiene muchas cosas dignas de saborearse.

La fe con que labora en medio del indiferentismo ambiente, es digno de loa. Sus escritos vivirán y ellos

serán para él el mejor monumento que hará vivir su nombre.

Agradecidos por el bondadoso envío de su precioso libro, enviamos nuestro sincero aplauso al cariñoso amigo.

C. AUGUSTO OSEGUEDA.

\*  
\* \*

El doctor Manuel Quijano Hernández viene dando su aporte intelectual a la bibliografía nacional desde hace largos años. Era yo muy niño cuando leí por primera vez los versos de su libro «Flores Silvestres» en cuyo fondo hay una emoción sencilla pero tan sincera que todo el librito se mete en el corazón. No son versos vanguardistas ni cosa parecida.

Son emociones cristalizadas amorosamente, estados del alma vaciados en buen decir, buenas enfocaciones, de lo que se sueña y se piensa, de lo que se ama y vive, de lo que se espera y acaso no llega nunca.

Refiere Gómez Carrillo que Paul Verlaine habiendo sido como lo fue el progenitor de la nueva concepción de la poesía contemporánea, no tenía especiales inclinaciones por determinada escuela, y que a este respecto, a pregunta que se le hiciera, se concretó a manifestar que en arte no hay escuelas superiores ni inferiores sino que lo que es bello y perfecto lo es sea cual fuere la escuela a que perteneciere.

A medida que uno lee las grandes obras y, con la observación va adquiriendo experiencia, se convence de la profunda razón de las palabras verlainianas.

Los libros son buenos o malos según el mayor o menor fervor emocional con que se han escrito, según la pureza de lenguaje que se ha usado, según la limpieza de las ideas que en sus páginas campean. Y el doctor Manuel Quijano Hernández es lo bastante docto en todo esto.

La diafanidad y ternura con que canta en versos, tiene esa familiaridad con que trina el canario de la casa, esa tersura del soplo de viento, ese recóndito sentimiento de la vena de agua que palpita sobre la margen del sendero.

¿Qué otra cosa hay que pedir a un poeta? La pose en la forma y en el fondo arbitrarios? Que venga en hora buena. Pero oigamos con idéntico deleite la claridad de esa otra música que viene desde las viejas músicas salomónicas.

Son ya varios y muy valiosos los volúmenes de este autor, publicados a la fecha. De los que yo he leído recuerdo otro tomito de versos, más escogidos que los de su primera cosecha y «Hojas Dispersas», en prosa.

Se ha dicho que es muy raro encontrar en un buen poeta a un prosador. Por lo general los poetas que cultivan la prosa lo hacen con poco acierto.

Y se explica esto en que lo lírico en verso no es lo mismo que lo lírico en prosa. En la prosa para que lo lírico adquiera algún valor se requiere la mayor donosura en la expresión aparejada de un conceptualismo

er. que las ideas aparezcan renovadas dentro de una «originalidad» poco más o menos auténtica.

Un poeta que logra parangonar una y otra cosa —el cultivo de la poesía con el cultivo de la prosa— es aquel que ha logrado a base de estudio y honda meditación, una gran cultura.

Y he aquí que Quijano Hernández ha forjado su intelecto a puro estudio y observación. No se puede pensar de otro modo después de leer su último libro «En la Montaña o El Alma del Indio». Trátase de unas ciento ochenta y siete páginas amenísimas en las cuales refléjense los cuadros peculiares de nuestro ambiente campesino y de la vida pueblerina. Páginas llenas de agilidad, veraces y bellas trazadas con ardor y magistral estetismo, costumbristas y emotivas, escritas para perdurar.

«En la Montaña o El Alma del Indio» «Horas Negras» «Las Comadres» «Bonifacio» «Vida Trágica» «Vida Agrícola» «Vida Comercial» «Vida Política» «Vida Alegre» «Vida Deportiva» «Otros Deportes» «Las Pesquerías» «Vida Supersticiosa» «Los Polvos de Amor» «Vida Religiosa» «Los Nacimientos y Pastorelas» «Las Pascuas de San Miguel» «Las Semanas Santas en Oriente» «El Maestro Quijano» «La Esencia de una Vida» y «Chico Lalo», constituyen el contenido del volumen, y a través de su exposición regionalista campean el ingenio salvadoreño, la casticidad cervantina y un vedado pero ático ironismo que agrada e induce a pensar.

VICENTE ROSALES Y ROSALES.

\*  
\* \*

Una grata sorpresa fue para mí el haber recibido un precioso libro: «En la Montaña o El Alma del Indio».

Todo lo que tiene un sabor a la tierra, encanta, como que la distancia es el mejor estimulante para el amor a la Patria, y es por ello que encontramos una alegría indescriptible cuando tenemos frente a frente algo que ha respirado los aires patrios.

¿Un libro? ¿De quién?..... Ah! Ya me recuerdo, es el doctor Quijano Hernández el que ha tenido la gentileza de enviármelo. Yo le conocí hace mucho tiempo como catedrático de la Universidad Nacional de El Salvador y desde entonces sé perfectamente quién es el doctor Manuel Quijano Hernández.

Cualquiera que lo vea a simple vista, a vista de pájaro, mejor dicho, no se imagina que bajo aquella arquitectura de hombre, se encuentra otra; la arquitectura intelectual, bien definida, con sólidos cimientos y con arcos de hierro para no doblarse a los impulsos de una conmoción....

Pocos, relativamente pocos, han emprendido la obra que este buen artifice del verso ha hecho en el campo de las letras salvadoreñas. Le debemos mucho, pero no le pagaremos nunca, son cuentas que no se pagan por falta de recursos. Puede pasear orgullosamente entre las interminables filas de deudores, exclamando con el mismo aire de un acreedor: ¡Todo esto es mío, pero no es mío!... es mío porque yo lo

engendré; pero no es mío, porque otros vendrán a saborear los frutos que yo cultivé en mi jardín...

Pero, veamos, ¿qué clase de labor es la que desarrolla el doctor Manuel Quijano Hernández? ¿En cuál página del gran libro del saber podemos catalogarla?...

Difícil, si no imposible, resulta dar una contestación que satisfaga; su actividad ha sido múltiple y así como ha sabido reconcentrarse maravillosamente entre la audacia de un diagnóstico, también ha sabido pulsar las cuerdas de su lira para cantar las bellezas que le han fascinado o pintar con la magia de su prosa los más bellos recuerdos de tiempos ya pasados. Es un gran evocador, y el que evoca construye sobre las ruinas de civilizaciones ya pasadas, el arco triunfal por donde desfilará la gloria del porvenir...

Si algún día se llegara a escribir la verdadera sociología salvadoreña, la sociología que no tuviera citas de Worms, Hostos, Squillace, Word y Comte, el doctor Manuel Quijano Hernández podría ufanarse de haber dado una de las principales bases: la del INDIO, la del elemento principal de la riqueza nacional; o ¿es qué no va a tener cabida en ella este pobre ser humano que siempre ha sostenido sobre sus espaldas a la plutocracia orgullosa? ¿Por qué?...

.....  
.....  
.....

El doctor Quijano Hernández es de los únicos, entre los pocos, que han llegado a los umbrales de

esas cabañas miserables para ver de cerca la necesidad que pulula entre esos hermanos nuestros que no tienen más pecado que ser humildes de corazón y canformes con todo; pero no son humildes y conformes porque así hayan nacido; son humildes y conformes porque la ignorancia ha matado en ellos la iniciativa de ir más allá, de recorrer un poco las cortinas y ver qué ocurre en la del vecino... Los tiranos, cuando quieren gobernar a su antojo, tiran un velo de ignorancia sobre los desgraciados y la luz no llega nunca...

.....

.....

.....

Y sin embargo, a través de las páginas de «En la Montaña o El Alma del Indio» todavía flota un hálito de frescura, todavía se ven esculpidas en sus páginas las encantadoras costumbres de nuestros indios, y al par de la nota trágica, como la del matón de Sesorí, está la cándida inocencia que se encerraba dentro de los «Polvos de mor», mientras «Las Comadres» asoman su interesante fisonomía en el encantador cuadro que la pluma privilegiada del doctor Quijano Hernández ha trazado...

Este libro que ha salido calzado con tan ilustre firma, es un panorama de bellezas. Lástima es que no siempre podamos disfrutar de ellas, porque la literatura que se hace entre los cultivadores de las letras, generalmente va encaminada a extranjerizarse, a vaciarse dentro de moldes inadecuados, en vez de hacerlo arrancar de la fibra misma que hay en la historia patria.

La literatura salvadoreña debe encaminarse a un derrotero señalado, debe ser savia que circule dentro de las arterias mismas del suelo patrio, para estimular los brotes jóvenes..

¿Qué es más encantador: un soneto, escrito a la luna o la maravillosa descripción de un corte de café, rubies que se desgranar en los brazos de mujeres hermosas tal como aparece en la entrada de «En las Montañas»?...

¿Qué tiene más mérito: una prosa dedicada a hilvanar las locuras del comunismo o una patética descripción de los «Jolgorios» de los pueblos humildes, como lo hace el doctor Quijano?...

¿Quién hace más obra: el que escribe unos cuantos editoriales acerca de la enfermedad del príncipe de Gales o el que nos da a saborear las delicias de una Semana Santa en la plenitud de su veracidad, es decir, copiándola con la magia del cuadro?...

Hace poco decía yo que la tendencia es a tener en no lejano día *nuestra verdadera literatura* y parece que mis palabras van siendo confirmadas por los hechos: a cada momento salta de las fauces de la imprenta el libro maravilloso que abre surcos de luz.

«En la Montaña o El alma del Indio» es un libro que debe esparcirse por la América entera, para que saboreen en sus páginas todo el dolor y la alegría de una estirpe, que en no lejano día sacudirá todo el polvo que los siglos han acumulado sobre sus encallecidas espaldas, para que la civilización erija su trono en el mismo sitio donde el Patrón erigió el látigo para

fustigar las carnes de esos hermanos nuestros que jamás abrieron los ojos porque estaban privados de la Luz, la Luz que naciendo entre las maravillas del Alfabeto, termina en la nebulosa de la Hipótesis, allí donde la ciencia se declaró impotente...

¡Pobre indio...algún día sentirás «la dicha que germina allá dentro del alma...»

Guatemala, mayo de 1930.

MIGUEL A. MAGAÑA.





# INDICE

	A Manera de Prólogo .....	Pág.	3
	Dejados de la Mano de Dios .....	Cap. I	5
	.....	II	6
	.....	III	9
	.....	IV	12
	.....	V	14
	.....	VI	18
	.....	VII	21
	.....	VIII	23
1.	.....	IX	26
2.	.....	X	28
3.	.....	XI	34
4.	.....	XII	38
5.	.....	XIII	41
	Lista de Muertos y Heridos .....		47
	Dejados de la Mano de Dios .....	Cap. XIV	55
6.	.....	XV	58
7.	.....	XVI	59
8.	Epílogo .....		65
9.	Final y fecha en que se escribió esta obra .....		70
10.	Juicios Críticos de dos de las obras del autor .....		71
	<i>Juicios sobre «Hojas Dispersas».</i>		
	Un Folklorista Centroamericano, por Rafael Heliodoro Valle .....		73
	Leyendo «Hojas Dispersas», por el Dr. David J. Guzmán .....		74
	Juicio por Alejandro Andrade Goello .....		75
	Juicio por Luis Garrido .....		78
	Juicio por Antonio Ochoa Alcántara .....		79
	Juicio por Gustavo Solano .....		80
	Juicio por J. Forgioni (Nueva Revista de Buenos Aires) .....		81
	Juicio por Alvar Fañez (Revista «Dios y Patria», Riobamba, Ecuador) .....		82
	Juicio por Francisco R Baldovinos .....		84
	<i>«En la Montaña o El Alma del Indio».</i>		
6.	Juicio por José Valdés .....		87
7.	Carta sin Sobre de Alberto Rivas Bonilla .....		90
	Fragmento del juicio por C. Augusto Osegueda .....		94
	Juicio por Vicente Rosales y Rosales .....		96
	Juicio por Miguel Angel Magaña .....		99



## Obras del Mismo Autor

### Publicadas:

- 1.—FLORES SILVESTRES (Poesías)
- 2.—BIOGRAFIA DEL GENERAL QUIJANO.
- 3.—DE ALMA EN ALMA (Prosa y verso).
- 4.—VOX POPULI (Prosas Patrióticas).
- 5.—ORGANIZACION DEL SERVICIO DE VACUNACION EN EL SALVADOR. Ilustrado con 14 mapas litografiados a 3 colores. Premiada en un concurso en Tegucigalpa, 1921.
- 6.—HOJAS DISPERSAS.
- 7.—EN LA MONTAÑA o EL ALMA DEL INDIO.
- 8.—TIEMPOS VIEJOS.
- 9.—MI ESTIRPE (3 vidas ejemplares).
- 10.—DEJADOS DE LA MANO DE DIOS (Novelita Histórica).

### Listas para Publicarse:

- 11.—EL SEMBRADOR (Novela Regional).
- 12.—GRANO DE ARENA (Prosas Patrióticas).
- 13.—DE LA VIDA ANGUSTIADA (Por la Raza).
- 14.—IMPRESIONES DE VIAJES (por Europa, EE. UU. y Guatemala, Honduras y Panamá.)
- 15.—VIBRACIONES INTIMAS (Poemas en verso).

### En Preparación:

- 16.—EL INDIO JUAN (Novela Regional).
- 17.—CUENTOS DEL TERRUÑO.



S ES863.72.84

Q6.9d

Quijano Hernández, Manuel, 1871-1939.  
Dejados de la mano de Dios.

034501